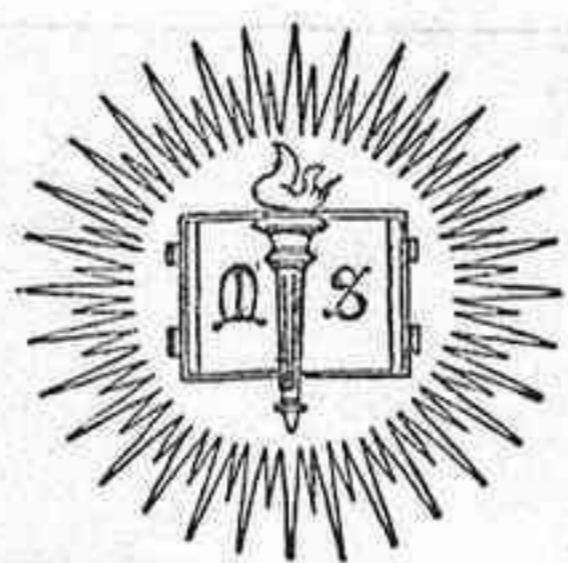


La Ilustración Artística



Año XXXIII

BARCELONA 18 DE MAYO DE 1914

Núm. 1.690

ROMA. - GALERÍA DE ARTE MODERNO



ATALAYA, escultura de P. Troubetzkoy

(De fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La suerte*, por Sebastián Gomila. — *Exposición Permanente de Bellas Artes. Milán, 1914.* — *Exposición de la Academia de España en Roma.* — *S. A. R. el príncipe de Asturias después de su primera comunión.* — *Nueva iglesia en Madrid.* — *La actriz Margarita Xirgu en «Elektra».* — *La fiesta de la Flor en Barcelona.* — *Muerte de Montero Ríos.* — *Baile blanco* (novela ilustrada; conclusión). — *Campaña de las sufragistas norteamericanas.* — *Libros.* — *Una escultora de quince años.*

Grabados. — *Atalaya*, escultura de P. Troubetzkoy. — *Margarita Xirgu.* — Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración a *La suerte.* — *La cuspide*, cuadro de César Saccaggi. — *Melancolía*, cuadro de Vicente Destéfani. — *La inglesa*, cuadro de Ulises Caputo. — *La casa de los antepasados*, cuadro de Juan Giani. — *Notas de Roma, Madrid, Barcelona, Boston y París.* — *La peste de Siena*, cuadro de Pedro Vanni. — *La noche alegre*, cuadro de G. La Touche. — *La maja de la rosa*, cuadro de Juan Cardona. — *Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos.* — *La señorita Hugueta Vitez.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay varios sucesos de actualidad, en este instante, y el que más se presta a la crónica, es el chaparrón de «beneficios» y bailes por suscripción, en teatros y hoteles, y la no menos nutrida serie de conferencias, recepciones académicas, y otras solemnidades mundanas.

Las funciones benéficas no se han gastado: siguen en auge. Cuando se empezó a practicar este sistema, recuerdo que fué muy censurado, y que las autoridades eclesiásticas y las gentes severas lo miraban de reojo y aun de través, alegando que la mano derecha no debe saber lo que hace la izquierda, en materias de caridad. Las señoras, patrocinadoras desde el primer momento de esta clase de funciones, no se desalentaron. Dejaron hablar, y continuaron ejercitando la llamada con desdén «caridad danzante». No tenían otro medio de atender a sus juntas, fundaciones, obras, etc.; y como los que las reprobaban no les daban dinero, cada día fueron más numerosas las representaciones teatrales, bailes, kermeses y *garden-parties* en que, echando contribución indirecta a la mucha gente que gusta de divertirse y bullir, conseguían esa sangre y jugo vital de la moneda acuñada, de la cual no cabe prescindir, porque ya los panes y los peces no se multiplican por milagro...

Poco a poco, aquella reprobación de los rígidos fué cesando, o siendo silenciosa, y supongo que ya ni por dentro murmuran de este género de beneficencia, si no quieren que se le llame caridad. Hasta obispos han patrocinado funciones de teatro y toros para los pobres.

El rendimiento es grande, y se obtiene sin molestar, o al menos con una especie de molestia templada y atenuada por la perspectiva de la diversión y goce. A cualquiera se le pide un duro, sin más, y sólo los generosos y desprendidos lo sueltan; pero se le ofrece una butaca en un teatro, y los duros afluyen a porfía. Hasta hay recomendaciones para obtener las mejores localidades. Y, como a estos beneficios suelen acudir los Reyes, su presencia da la nota del gran tono. Nadie protesta, al contrario, del hábil ataque al bolsillo. Contra un resultado tan feliz, no valen, o por mejor decir, no han valido diatribas, sermones, elegías y observaciones, todo lo respetable que se quiera, pero ya inservibles, porque la fuerza del dinero es superior a todo. La realidad se impone, y sería inútil rechazarla con reflexiones más o menos discretas y seguramente inspiradas en un espíritu cristiano, pero que carecen de adaptación a los tiempos.

Formado este convencimiento, de que no hay nada de esencialmente malo y sí mucho de útil en tales funciones benéficas, se multiplican, y cada dama organizadora procura dar al programa los mayores atractivos.

* *

Una de las que han reunido público más selecto, ha sido el concierto organizado por los coros de Santa Cecilia. Los coros de Santa Cecilia los forman algunas señoras aficionadas a la música, y que se reúnen, generalmente, en casa de la Marquesa de Bolaños, a ensayar y a ejecutar. Como estas señoras pertenecen a la mejor sociedad, y son guapas muchas de ellas, y visten a la última, el anuncio de que cantarían en este concierto atrajo vivamente la atención. El escenario presentaba lindo golpe de vista, con los coros extendidos en fila doble, en semicírculo, y tanta señora y señorita gentilmente ataviadas, hechas un brazo de mar; al brillo y refulgencia del escenario respondía el de la sala, donde se agolpaba la espuma de la corte. El programa también atraía la

atención: el oratorio *Los Angeles*, de Chapi, y el *Stabat Mater*, de Rossini.

No cabe nada más adecuado a un objeto benéfico. Como que hubiese sido propio el concierto de un viernes de Cuaresma. Dirigió la orquesta el inteligentísimo aficionado, D. Manuel Manrique de Lara,



La eminente actriz Margarita Xirgu
(De fotografía de R. Guilleminot, Boespflug y C.^ª, remitida por Santandreu y Vassallo.)

y los coros quedaron a gran altura; — no me toca decir más por no ser muy competente en el asunto.

* *

Sin tener carácter benéfico, tuvo un lleno la *Fiesta del sainete*, y la que se dió en obsequio de los turistas italianos, los cuales, por otra parte, pasaron sin pena ni gloria, no llegando a recoger simpatías, ni aun a despertar curiosidad.

Gracias a la fiesta, se enteró Madrid de su llegada. Tuvo lugar en el Gran Teatro, que es espléndido para estas cosas, y no podía estar más galanamente adornado, con derroche y prodigalidad de flores y mantones de Manila.

Todo el tipo de la fiesta fué español..., un poco de pandereta, es cierto, pero así sucede siempre que se trata de que los extranjeros se enteren de nosotros. El flamenquismo no lo cultivan sólo los franceses que quieren imprimir nuestro «color local» a novelas, dramas y libros de viajes: el flamenquismo y su leyenda, lo sostenemos nosotros mismos, con notorio perjuicio de nuestro crédito ante el mundo. Y como no voy a hacerle la competencia a Eugenio Noel, que lleva la campaña antiflamenquista, me limito a decir que sin excluir bailes y cantos españoles (no de todas las regiones, por cierto) y admitida, por su típico aspecto, *La verbena de la Paloma*, pudo entrar en el programa algo del teatro clásico, un acto, por ejemplo, de Lope o Calderón, y aun cuando fuese del *Tenorio*, de Zorrilla: algo, en suma, que se saliese del aro de la pandereta.

La Imperio, a quien esa noche vi bailar por vez primera, se sale del consabido aro. Diré en qué concepto. Esa mujer, admirable en su plástica, se diferencia de las otras bailadoras en que no tiene sello chulo alguno. No es una flamenca actual. Es una danzarina sagrada del Oriente. La princesa Salomé pudo danzar así, en la terraza del palacio de Herodes, y sería para mí un encanto ver bailar a la *Imperio* la danza de los siete velos, a la luz de la luna, en una de esas cálidas noches de Andalucía.

Lo bello de la danza española, de la genuina, que trae del Oriente sus remotos orígenes, es grave y triste en medio de una nota de salvaje voluptuosidad. El achulamiento de España la desfigura, altera las primitivas fuentes de su estética. Y la *Imperio* no es

achulada, lo repito, y Salomé es lo contrario del chulismo y de la flamenquería.

La Imperio toca las castañuelas con una destreza asombrosa. Parece imposible lo que sabe sugerir por medio del repique de tan sencillo y popular instrumento. Sus castañuelas son el antiguo *crótalo*, no los modernos palillos. Viendo bailar a la *Imperio*, nos sumimos muy hondamente en las lejanías del pasado, con la sensación de los tiempos crueles y pasionales, del primitivo instinto, apenas modificado por las nacientes civilizaciones. Y, sin embargo, la danza de la *Imperio* — como la de Salomé — no es indecorosa, no es sicalíptica. Es de las que baila solamente la mujer, sin compañía de varón; nótese que esto caracteriza a los países orientales, en que el hombre — tetrarca, bajá, sultán, pirata argelino — mira. «Danza para mí, Salomé», exclama Herodes. No se le ocurre decir: «Danza conmigo.» Y contribuye a hacer más noble la danza de la *Imperio*, aquella su plástica incomparable, de líneas hermosas sin exageración, y la elegancia felina de sus movimientos.

Como arte también he mirado — es preciso que lo confiese, ya que estos bailes los he reprobado alguna vez — el tango y la machicha brasileña, danzados por la Marquesa de Mohernando y el hijo de los Marqueses de Portago, en la fiesta de la Embajada francesa. La Marquesa de Mohernando es una hermosa señora mexicana, que tiene temperamento de artista. Y el hijo de los Marqueses de Portago, es un muchacho de «la crema», que danza como un ángel — en el supuesto de que los ángeles danzasen, que no está demostrado, pues lo único que sabemos es que cantan y tañen instrumentos —. El género de baile de la pareja aristocrática fué tan fino, en medio del sabor popular que tienen ambas coreografías; tan elegantes las posturas; tan delicada y honda la sugestión, que yo, enemiga de que esos bailes se cuele en los salones, no pude menos de retractarme interiormente — lo cual prueba que el arte lo ennoblece todo.

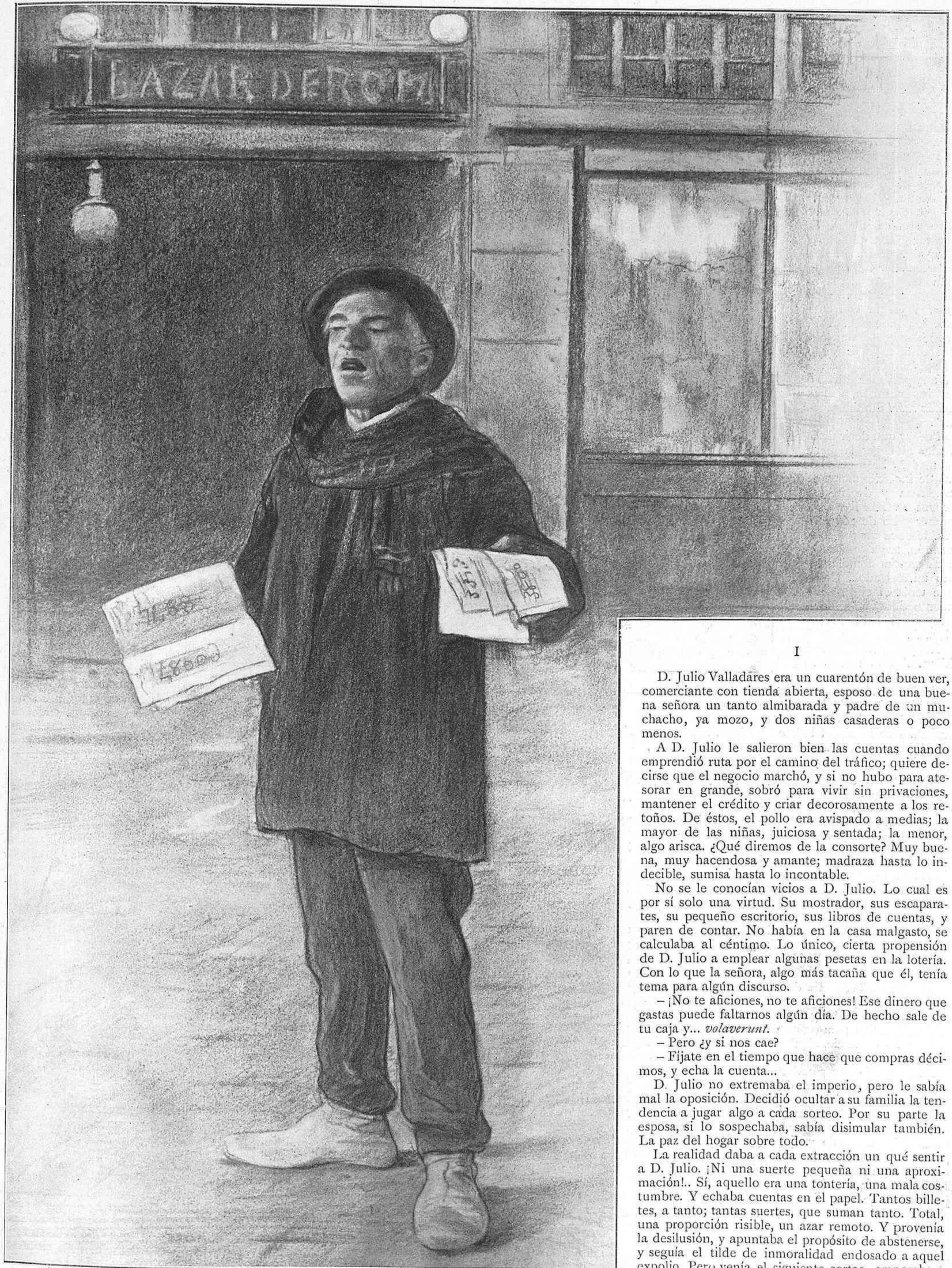
* *

Otro acontecimiento artístico es la presencia de Margarita Xirgu en el teatro de la Princesa, donde se estrenó con *Elektra*, de Hoffmannsthal, y *El patio azul*, la bella elegía de Rusiñol. Aunque el papel de Elektra sea de prueba, y me haya interesado infinito el modo de interpretarlo la actriz catalana, no considero que puedo aún dar opinión sobre sus facultades, hasta verla en otros aspectos de su labor. En cuanto a la obra del dramaturgo alemán, pudiera estar más hábilmente tratado el asunto; pero el papel de la protagonista me parece una creación vigorosa. Si bien la actriz pone en él un sello genial, el papel, a su vez, la lleva y la inspira. Es un papel que no cabe hacer a medias. Arrastra, saca de quicio.

El dramaturgo alemán muestra en la hija de Agamenón lo que probablemente fué después del espantoso suceso del asesinato del Atrida: una demente, de idea fija, o como se dice, un caso de *monoideismo*. Habiendo presenciado el crimen, realizado por su madre Clitemnestra y el amante de ésta, Egisto, cuando vuelve de la guerra Agamenón, triunfador de Troya, la hija pierde la razón; es decir, contrae una manía, y esta manía es la venganza. Hay quien ha comparado a Elektra con Hamlet: entre el príncipe dinamarqués y la princesa de Micenas hay una diferencia capital: el primero *piensa* en la venganza, sin la resolución necesaria para ejecutarla, y en esa falta de resolución consiste justamente la enfermedad del *hamletismo* o abulia; y la segunda, al contrario, está obsesionada por la realización de esa venganza terrible: para tal fin, ha enterrado y escondido el hacha a cuyos golpes sucumbió Agamenón: para tal fin, espera día tras día a su hermano Orestes; al oír que éste ha muerto, busca la complicidad de su hermana Crisotemis, tratando de obtener que la ayude en el castigo; y al negarse aterrada la hermana, resuelve Elektra proceder sola, cumplir sola el deber espantoso. Si nos representamos a Elektra como persona normal en su juicio, no nos la explicamos, y hasta parecería odiosa. Hay que tomar en cuenta el sacudimiento que ha nublado su razón, y concentrado su voluntad, con bárbara energía, en un solo deseo, en un solo objeto, en una suprema y horrible esperanza. Y esta psicología especial del monomaniático está estudiada en varias impresionantes escenas del drama: en la de Elektra con su madre, en la de la «seducción» de su hermana — estudio admirable de la instigación al crimen — y en la de la danza de la antorcha, al regresar Egisto. El drama es de aquellos en que un punto más de acierto en el modo de conducir la trama y un poco más de sobriedad, pudieron producir una definitiva obra maestra.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA SUERTE, POR SEBASTIÁN GOMILA, dibujo de Mas y Fondevila



I

D. Julio Valladares era un cuarentón de buen ver, comerciante con tienda abierta, esposo de una buena señora un tanto almirada y padre de un muchacho, ya mozo, y dos niñas casaderas o poco menos.

A D. Julio le salieron bien las cuentas cuando emprendió ruta por el camino del tráfico; quiere decirse que el negocio marchó, y si no hubo para atesorar en grande, sobró para vivir sin privaciones, mantener el crédito y criar decorosamente a los retoños. De éstos, el pollo era avisado a medias; la mayor de las niñas, juiciosa y sentada; la menor, algo arisca. ¿Qué diremos de la consorte? Muy buena, muy hacendosa y amante; madraza hasta lo indecible, sumisa hasta lo incontable.

No se le conocían vicios a D. Julio. Lo cual es por sí solo una virtud. Su mostrador, sus escaparates, su pequeño escritorio, sus libros de cuentas, y paren de contar. No había en la casa malgasto, se calculaba al céntimo. Lo único, cierta propensión de D. Julio a emplear algunas pesetas en la lotería. Con lo que la señora, algo más tacaña que él, tenía tema para algún discurso.

— ¡No te aficiones, no te aficiones! Ese dinero que gastas puede faltarnos algún día. De hecho sale de tu caja y... *volaverunt*.

— Pero ¿y si nos cae?

— Fijate en el tiempo que hace que compras décimos, y echa la cuenta...

D. Julio no extremaba el imperio, pero le sabía mal la oposición. Decidió ocultar a su familia la tendencia a jugar algo a cada sorteo. Por su parte la esposa, si lo sospechaba, sabía disimular también. La paz del hogar sobre todo.

La realidad daba a cada extracción un qué sentir a D. Julio. ¡Ni una suerte pequeña ni una aproximación!.. Sí, aquello era una tontería, una mala costumbre. Y echaba cuentas en el papel. Tantos billetes, a tanto; tantas suertes, que suman tanto. Total, una proporción risible, un azar remoto. Y provenía la desilusión, y apuntaba el propósito de abstenerse, y seguía el tilde de inmoralidad endosado a aquel expolio. Pero venía el siguiente sorteo, empezaba a ver D. Julio aquellas papeletas numeradas, acudían a su imaginación caprichosas combinaciones; le ten-

— ¡La suerte!.. ¿A quién le doy la suerte?..

taban las cantilenas de los vendedores ambulantes, aquello de «¿A quién le doy la suerte?», la ringla de números en los escaparates de la Administración; recordaba casos originalísimos y cosas estupendas de gentes afortunadas... En fin, que acababa por decirse lo de siempre, que no había que ser tan cutre, que el no probar fortuna era una simpleza, y que bien permitía el negocio destinar una partida al albur sin gravar gran cosa el capítulo de gastos.

Y, claro está, terminaban las filosofías como terminan todas, esto es, encargándose la realidad de relegarlas al olvido, y ya no tenía consistencia aquello de lo inmoral, ni servían de nada las cuentas echadas en el papel, ni valía el cálculo de lo que ingresaba el Tesoro a expensas de la candidez humana... D. Julio metía mano en el bolsillo, se fijaba en un número y en otro, y elegía con una emoción indecible. ¡Oh!, era un encanto singular, una ensoñación divina lo que procuraba la posesión de una posibilidad más o menos remota, aquel ¡quién sabe! durante unos días.

Pues ¿y qué decir de la avidez al llegar la fecha prefijada?.. Eran unas horas de incertidumbre, de esperanza y de ilusión hasta no ver la lista... Al primer grito de ¡La lotería! le daba un vuelco el corazón, tenía que esforzarse para no temblar como un azogado... Como que tenía él el presentimiento de que, tarde o temprano, le había de caer el gordo.

Los presentimientos no fallan. Así al menos lo creen muchas gentes. Y D. Julio acertó.

¡Qué zambra en la tienda el día de la noticia fausta!.. Blandiendo el billete premiado, iba diciendo el cuarentón, primero a su mujer y a la prole, después a los vecinos y luego a cada grupo de parroquianos que acudía:

— ¿Lo veis? ¿Lo veis?.. ¡Mé lo daba el corazón!.. ¡Si no fallan los presentimientos!

Y todos y cada uno convenían en que es una verdad de a folio eso de la tontería que representa el no probar nunca fortuna.

¡Ricos, inmensamente ricos ya!.. Parecía un sueño.

La moral que resplandecía del hecho, era del tenor de esta reflexión de D. Julio enderezada a su consorte:

— ¡Anda, a ver cuándo con la tienda y con todos los esfuerzos imaginables hubiéramos llegado a esta posición!

II

El auge de la familia de D. Julio era un hecho. Los Valladares pasaban al plano superior de los dinerosos... ¿Para qué seguir con la tienda? Se necesitaba abnegación para enfrascarse en lo que supone el pequeño comercio, siquiera éste rinda proporcional beneficio.

La tienda fué traspasada, y D. Julio y los suyos dejaron de despachar tras del mostrador, anotar pequeñas partidas y vivir en cuarto reducido. Todo ello había sido acordado en un consejo de familia en que cada cual expuso su parecer. Una vez de acuerdo, trazaron las líneas de un plan para el porvenir. El primogénito, en vez del empleo como auxiliar de escritorio, seguiría una carrera: el título siempre viste. La hija mayor, en relaciones casi formales con un joven artesano que trabajaba de electricista, rompería estas relaciones. El novio, emprendedor y activo, se había ido a Norte-América para perfeccionarse en su profesión; menudeaba la correspondencia, y era fácil enfriar el propósito pasando en silencio las misivas. A la hija pequeña se la pondría cautamente en disposición de hallar un buen partido...

¿Qué harían D. Julio Valladares y su esposa? Lo

que era de cajón: vivir de sus rentas, no preocuparse gran cosa de la existencia, como no fuese para gozar de la misma a placer y apartando quebraderos de cabeza. ¿Para qué tenerlos?..

Todo fué como una seda. El respeto filial impuso a la hija mayor el desvío; la prosopopeya de la menor obtuvo las miras de un joven linajudo, venido a menos, que se amistó con el joven Valladares; éste

sados. El nivel medio de la apreciación era que la familia andaba despistada, tan exótica en la altura como en la planicie, sin posible afirmación ni solidez durable. Unos chiriperos así no suelen dar pie con bola, todo son resbalones. Y milagro sería que cualquier resbalón no diera al traste con todo...

Quien lo rubricó fué el propio electricista, el desdichado. Se lo dijo, encarándosele, al primogénito tan pronto regresó de Nueva York:

— Sois, en suma, globos hinchados. Voy a asistir a la decadencia rápida, inevitable, de todo lo vuestro. Desdichados *parvenus*, os agitáis en un medio que no os cuadra... Os veo al borde de un precipicio.

Y acertó. Fué cuestión de tiempo. Un día, del famoso Banco de Crédito Agrícola no quedó más que un fenomenal estrépito. Y D. Julio Valladares no pudo resistir el golpe: se murió de un ataque de apoplejía. El matrimonio de la menor, aquel entroncamiento con la nobleza, se deshizo... Los automóviles, las reuniones, el fausto, pasaron a la historia... El mozo, dilapidador e incapaz de nada de provecho, había replicado al electricista:

— ¡Soy un *amador de la Vida!*

Aquél le objetaba ahora:

— Lo tuyo era ser *amador de la Muerte*... Perdisteis el hábito del trabajo y de la economía, a cambio de ganaros el ridículo de parte de unos y el desdén de otros. Os befaban, os explotaban y os eliminaban, sin que os dierais cuenta de ello... Lo grave va a ser vuestra ruina moral, porque ya no sabréis acomodaros a la vida modesta de antes, a la sencillez de costumbres, al cal-

cular céntimo por céntimo, al trato con los humildes... Tú estás a tiempo. Lárgate, a ver si en otros países aciertas a sacudirte esa roña... Yo trabajaré por estas pobres mujeres...

Y contemplaba a aquellas víctimas de la suerte — de la suerte comodona y fácil — con ojos de lástima. Ya no estaba allí el cuarentón, el extendero, el pobre D. Julio Valladares, para poder repetir las palabras triunfales de un día, para sentir la emoción aquella de los días de sorteo, para solazarse en la contemplación de números y números, para regodearse con combinaciones, para afirmar que no fallan los presentimientos... Más le valió morir.

Unos ojos lacrimosos miraban fijamente al joven artesano. ¡Qué vacío y qué pena!

Por la calle andaba un vendedor chillando:

— ¡La suerte!.. ¿A quién le doy la suerte?..

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE BELLAS ARTES MILÁN, 1914

Muchas de las obras expuestas en el Salón permanente de Milán revelan en sus autores una osada tendencia a luchar contra la tradición y a inspirarse en nuevos ideales. Los cuadros de Saccaggi, Destéfani, Giani y Caputo, cuyas fotografías publicamos, llaman justamente la atención por su relevante mérito, y puede decirse que sus autores figuran en primera línea entre los triunfadores de este año.

César Saccaggi sigue siendo, en su *Cúspide*, el intérprete del alma contemporánea, cuyas aspiraciones traduce con expresión profunda. Vicente Destéfani afirma también en su cuadro *Melancolía* una gran intensidad de expresión y un dominio perfecto de la línea y del color. Ulises Caputo da pruebas de sutil elegancia en su *Inglésita*, que es una pintura de primer orden. Juan Giani se muestra digno de su reputación en *La casa de los antepasados*. Es un artista que busca el esmero sin detrimento de la espontaneidad, que sabe dar el carácter propio a sus figuras y armonizar admirablemente los colores.



La cúspide, cuadro de César Saccaggi. (Exposición Permanente de Bellas Artes de 1914, Milán.) (De fotografía de Zecca, remitida por Carlos Trampus.)

siguió sus estudios con escaso lucimiento, pero con asiduidad; no tanta, empero, como la que tuvo en frecuentar restaurantes y chirlatas, salones y burdeles; que de todo hubo en la viña del Señor...

D. Julio Valladares se propuso borrar la nota de mediocridad que les diera a todos el pasado. ¡Qué diferencia entre una y otra posición!.. Manera de vivir y de conducirse, amistades y trato, todo cambió por completo. Entre las nuevas amistades, una hubo que le pareció de perlas, un *gran* financiero, un personaje influyente. La creación de un Banco de Crédito Agrícola, una fundación original, única, dió empleo a los caudales del excomerciante al por menor.

Envidiados vivían, pero satisfechos. No había más nota discordante que la hija mayor, un tanto pochá y con visibles muestras de descontento. Pero ¿era posible que la tentara la inclinación hacia aquel bendito, cuyas bellas cualidades desaparecían al tener en cuenta que la muchacha había pasado a ser un señuelo?.. Así decía la madre:

— Hija mía, lo tuyo es una excentricidad. Nadie niega que el chico sea bueno, y listo, y de buena estampa... Pero ¿es un electricista! ¿No puedes aspirar tú a más?

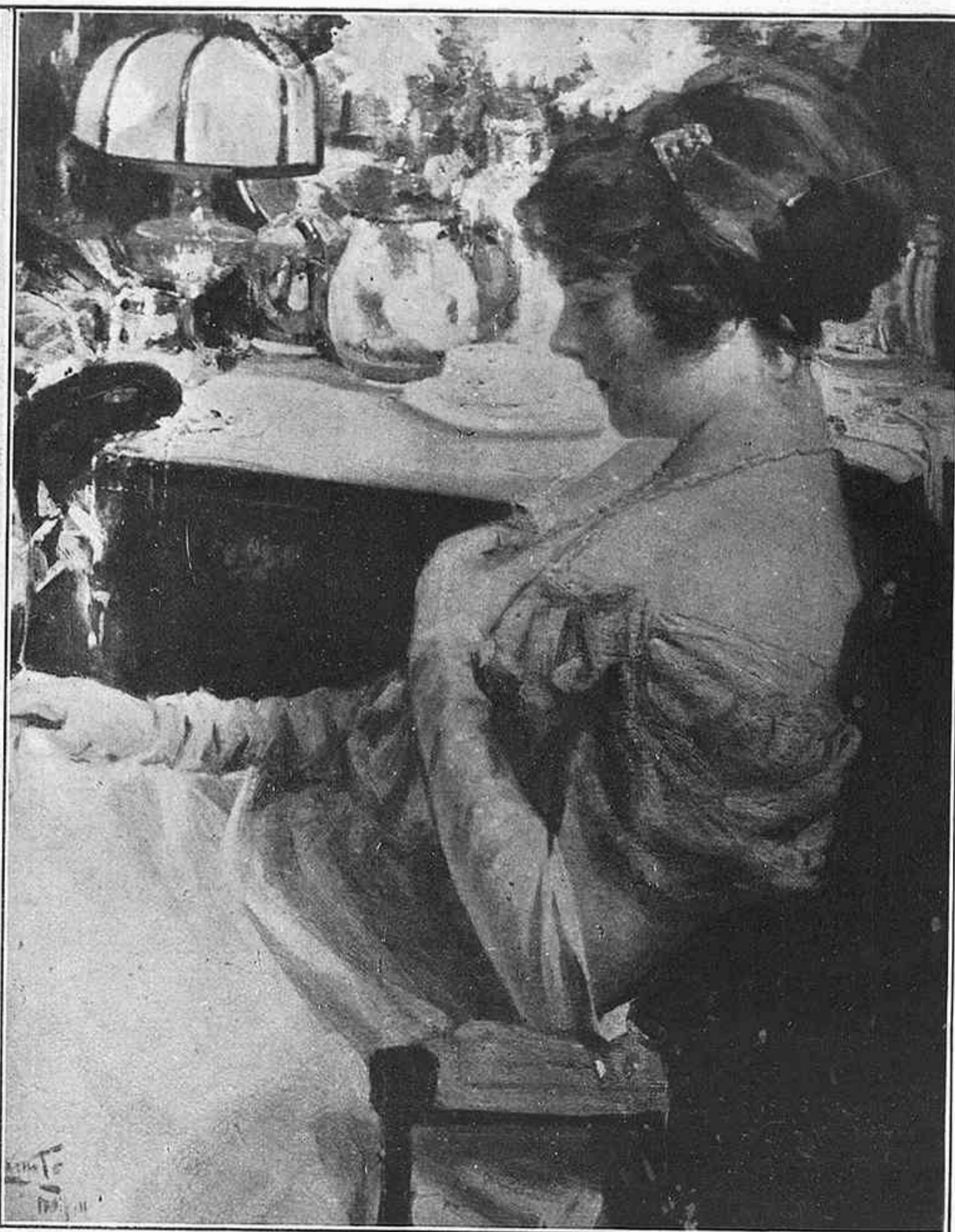
En la frase, *musicada* con cariño, no dejaba de haber veneno. ¡Con qué tono decía la buena señora aquello de ¡un electricista!.. Hasta la hermana, la pequeña, que iba siendo un primor abotagado de orgullo, refrendaba el tema con una de burlas y retenciones que daba grima. No hay que decir del hermanito. ¡A buena hora iban a consentir un enlace que sería una irrisión!.. ¿Que se habían querido? Bueno; pero el mundo da vueltas, y los Valladares de hoy no eran los Valladares de la tienducha angosta, mostrador de pino y vara de medir en ristre...

III

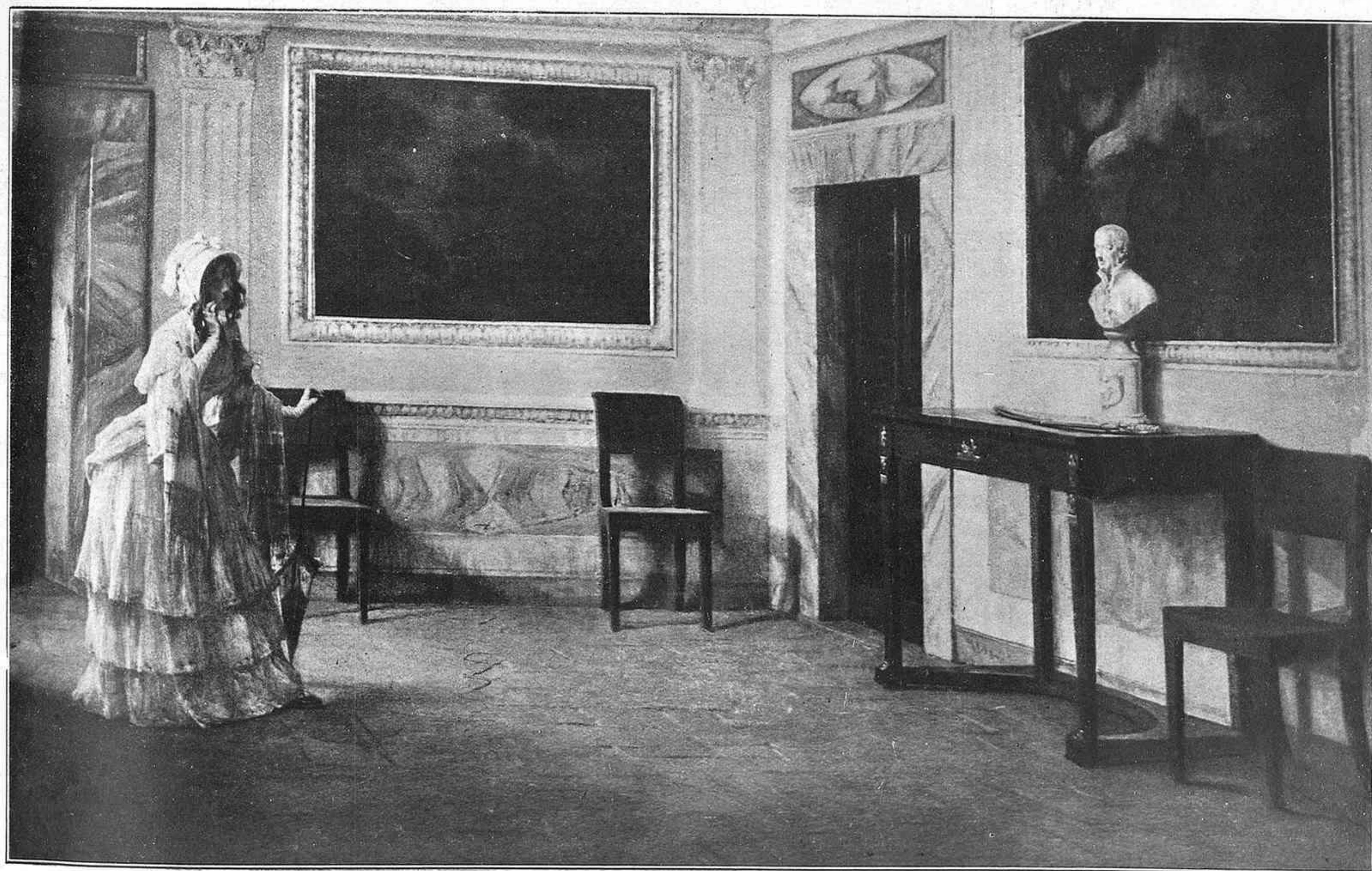
Si el engruimiento y la falta de costumbre no hubiesen cegado a aquellas gentes, notarían lo falso de su posición. En el gran mundo se les tenía por cursis, y en la esfera de antes por presuntuosos y endio-



MELANCOLÍA, cuadro de Vicente Destéfani



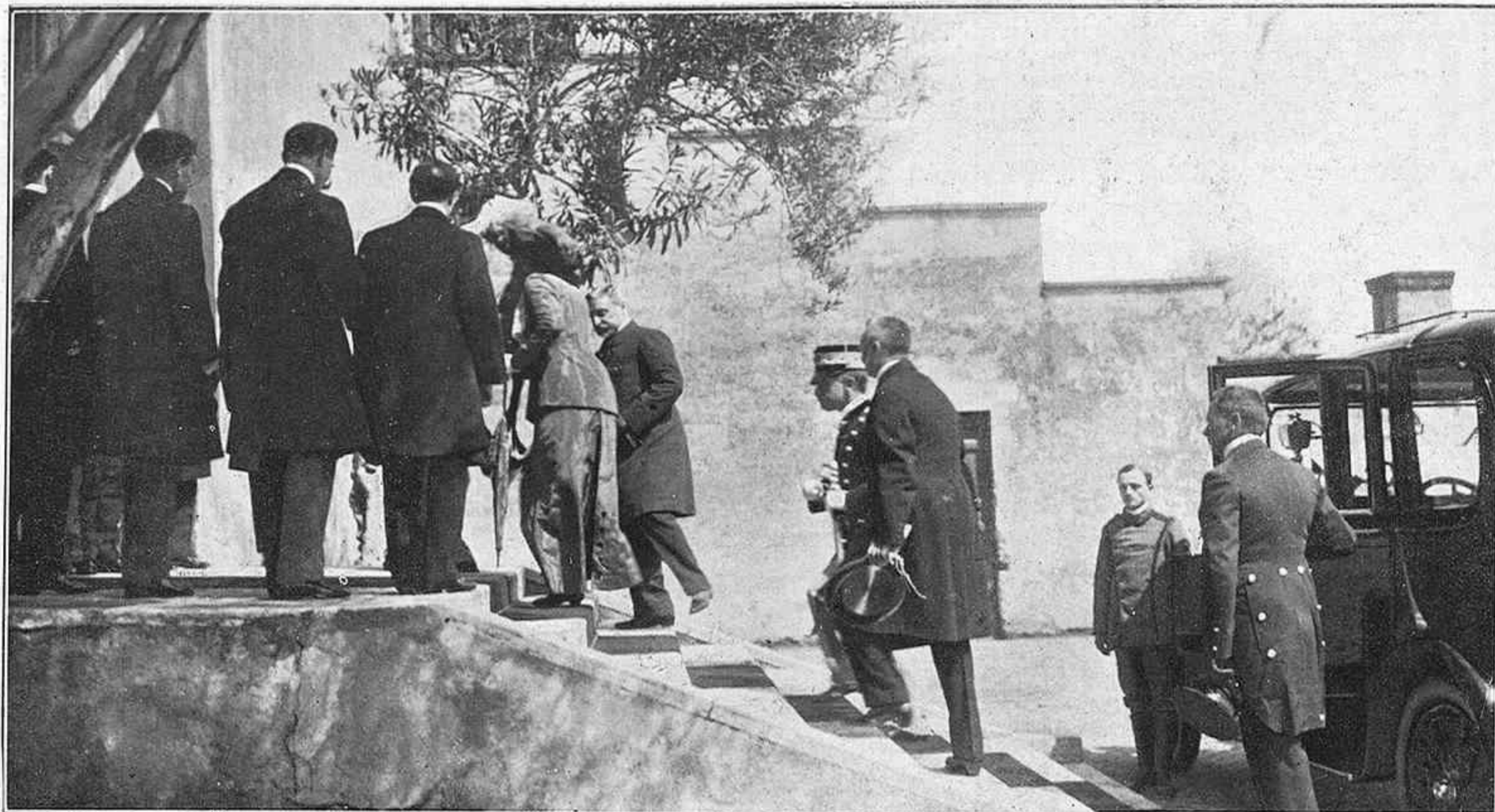
LA INGLÉSITA, cuadro de Ulises Caputo



LA CASA DE LOS ANTEPASADOS, cuadro de Juan Giani

(De fotografías de Zecca, remitidas por Carlos Trampus.)

EXPOSICIÓN DE LA ACADEMIA DE ESPAÑA EN ROMA



Los Reyes de Italia, en su visita a la Exposición de la Academia de España en Roma, recibidos por el embajador Sr. Piña y Millet, el director de la Academia Sr. Chicharro, el secretario de la misma Sr. Esteban y los artistas.

En la Academia de España acaba de abrirse con brillantez la Exposición anual de obras de los pensionados del Estado y de las Diputaciones provinciales en Roma, y las producciones presentadas prueban que en la Academia, tan acertadamente dirigida por el Sr. Chicharro, se estudia con provecho.

El pintor T. Murillo, pensionado de primer año, expone numerosos estudios de paisaje y tres vistas panorámicas de Roma, idénticas, pero a diferentes horas del día. De todos estos ensayos, el que más elogios ha merecido de la crítica ha sido el *Interior*, donde las dotes de observación y de notación del artista han podido revelarse de un modo más completo que en sus demás producciones.

El pensionado de tercer año Sr. Tuset presenta, junto a varios estudios de paisaje, entre los cuales sobresalen una impresión nebulosa y dorada de Venecia, algunos retratos y cuadros de composición.

El pintor más singular y hasta el más interesante de los que exponen en la Academia es F. Labrada. Este artista pinta con desprecio de todos los rebuscamien-



El embajador de España en Roma Sr. Piña, acompañado del agregado militar coronel D. Francisco Manzanos y de su señora, examinando el busto del Rey D. Alfonso XIII, modelado por M. de Huerta.

año, es el triunfador de la Exposición. Su ensayo *Las Parcas* es digno, por la ejecución y por la idea, de grandes elogios. Las tres mujeres colosales, colocadas con alguna indulgencia académica,

componen una línea agradable y están marcadas con sencillez, con amplitud y con cuidado. Están sólidamente construidas y sin embargo tienen una gracia bien femenina a propósito para satisfacer al gusto latino. El escultor muestra una facilidad plástica envidiable. Esto es una fuerza, pero también es un peligro. Si el artista sabe dominar sus instintivas virtudes, podrá dar obras de verdadero estilo y de rara perfección.

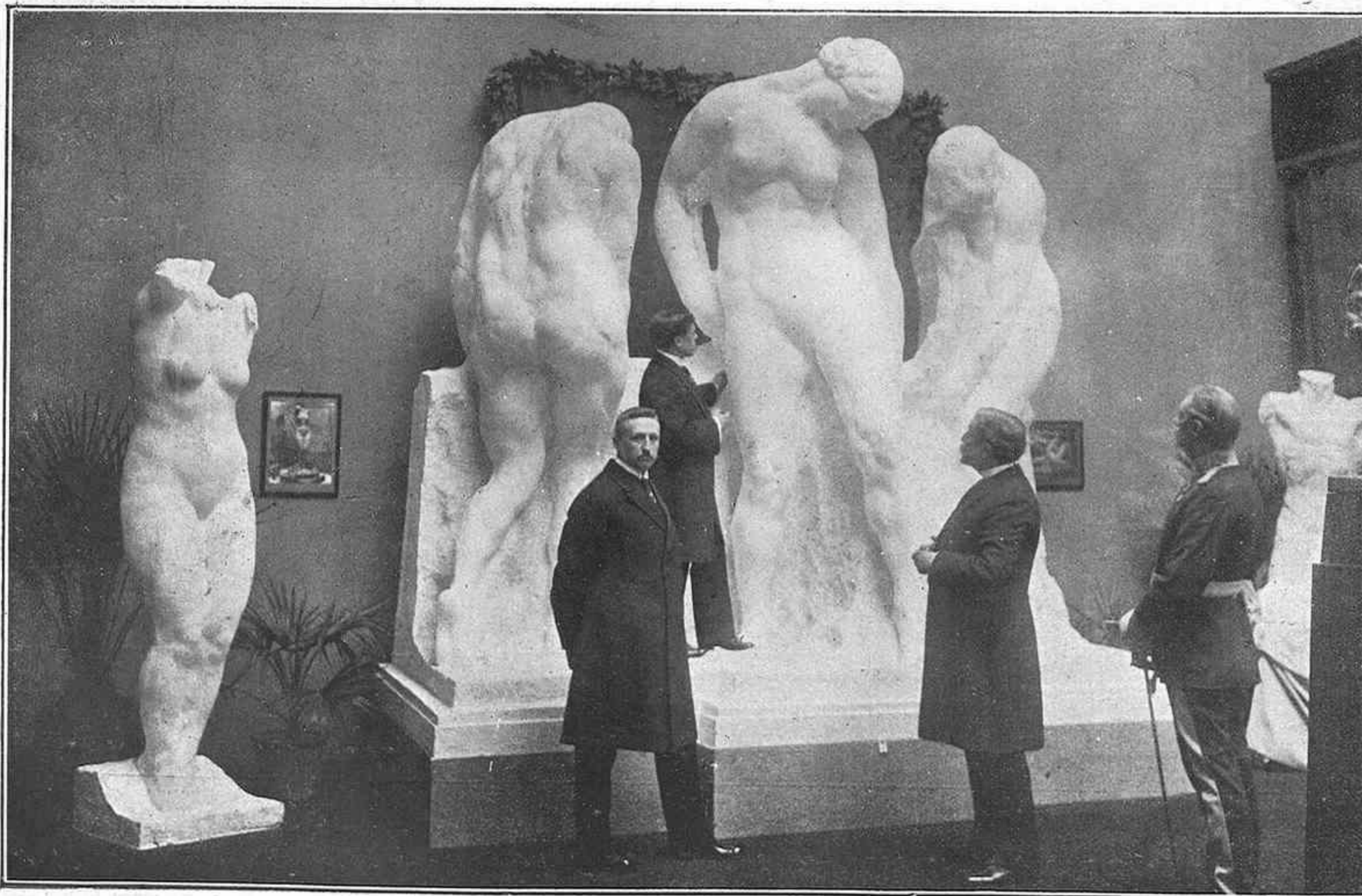
Merecen también ser mencionados un diseño al carbón, verdaderamente admirable, de L. Oroz, copia del famoso *Herrero* de Ribera, que se conserva en la Galería Corsini, y una traducción al aguafuerte del mismo diseño.

Pasemos a la sala contigua.

Al lado de obras no muy felices se encuentran estudios y cuadros algo bituminosos, pero de bastante vigor, firmados por Medina Díaz, y esculturas de Bevia y Navarro.

Aquí también descuellan los escultores, en particular Navarro con una bella figura de mujer suavemente compuesta, modelada con delicadeza, con sensibilidad, *con amore*, como dicen los italianos. Este joven promete también un luminoso porvenir.

Los Reyes de Italia han honrado con su visita la Exposición de la Academia de España y felicitado al Sr. Chicharro, director de la misma, por la brillantez del certamen.



El embajador Sr. Piña admirando el grupo «Las Parcas», del joven escultor M. de Huerta, que figura en la Exposición de la Academia de España en Roma y es objeto de grandes elogios

S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS
DESPUÉS DE SU PRIMERA COMUNIÓN

Uno de estos últimos días se ha verificado en el Palacio Real de Madrid la solemne ceremonia de recibir la primera comunión S. A. el príncipe de Asturias, que acababa de cumplir siete años.

El acto religioso se celebró en el salón de Tapices. Frente a un altar portátil se había colocado en primer término un reclinatorio blanco para el príncipe; en segundo término había sillones dorados para el Rey, las dos Reinas y todos los infantes; a ambos lados del altar, en amplios sitios, estaban el Nuncio de Su Santidad y el obispo de Sión, y detrás de Sus Majestades y Altezas, los jefes de Palacio y la alta servidumbre palatina.

El obispo de Sión dijo la misa rezada, y en el ofertorio el príncipe hizo la ofrenda de ocho monedas de oro de diez pesetas, tantas como años cumplía, más una.

El príncipe de Asturias, que vestía traje blanco de mariner, tenía a su derecha la vela rizada, adornada con ancha cinta de raso con iniciales, y en oro las armas reales.

El momento de recibir la comunión Su Alteza fué emocionante.

A continuación, el obispo de Sión pronunció una plática elocuentísima, ensalzando la grandeza del acto que el augusto niño acababa de celebrar.

Terminada la misa, entregó el Nuncio de Su Santidad, bajo sobre cerrado, un autógrafo de Pío X, que abrió S. A.

S. M. la Reina entregó al Nuncio, a su vez, para que lo transmitiera al Papa, un recordatorio en pergamino representando la interesante ceremonia celebrada.

A la cabeza del documento se ve el escudo pontificio.

El recordatorio está dedicado en esta forma: «A Su Santidad Pío X, recuerdo de mi primera comunión. — Alfonso. — 10 mayo 1914.»

Después de esta solemne ceremonia, se hicieron del príncipe varios retratos fotográficos, y entre ellos el que aquí reproducimos formando grupo con el de su augusto padre.



Últimos retratos de S. M. el Rey D. Alfonso XIII y S. A. R. el príncipe de Asturias. (De fotografía de Franzen, remitida por J. Vidal.)

NUEVA IGLESIA EN MADRID

Acaba de inaugurarse en Madrid, con una solemne función religiosa a la que asistió la Familia Real, la iglesia parroquial de la Concepción, recién construída en la calle de Goya.

El día 26 de diciembre de 1902, el Rey D. Alfonso XIII puso la primera piedra del edificio. En 1910 falleció el arquitecto autor de los planos, Sr. Jiménez Covesa, y le substituyó D. Jesús Carrasco, que ha terminado las obras.

La nueva iglesia consta de tres naves, de un ancho total de 23 metros y una longitud de 52, que unidos a los 15 que tiene de profundidad el altar mayor, forman un total de 67.

El exterior lleva en el centro de la fachada la torre, de fábrica de ladrillo hasta una altura de 43,70 metros, donde termina con una cornisa almenada y cuatro ángeles de 3,50 metros de altura. De esta cornisa arranca una flecha calada, construída en los talleres de D. Valentín Maiztegui, y terminada por un globo, sobre el que se alza la imagen de la Purísima Concepción, obra hecha en cobre por la casa Alguero e hijo. Corona la escultura un nimbo de luz Moore.

Interiormente, el templo consta de cinco tramos, el crucero y el ábside; los primeros están cerrados por bóvedas de tracería, nervios, florones, etc.; el crucero tiene dos grandes ventanales que dan paso a torrentes de luz a través de artística cristalería de colores, y corresponden a cada una de las fachadas laterales del templo, representando el de la derecha la alegoría de la Virgen y el de la izquierda la de la Eucaristía. El primero es obra de la casa Lampérez y el segundo de la de Mansnejean.

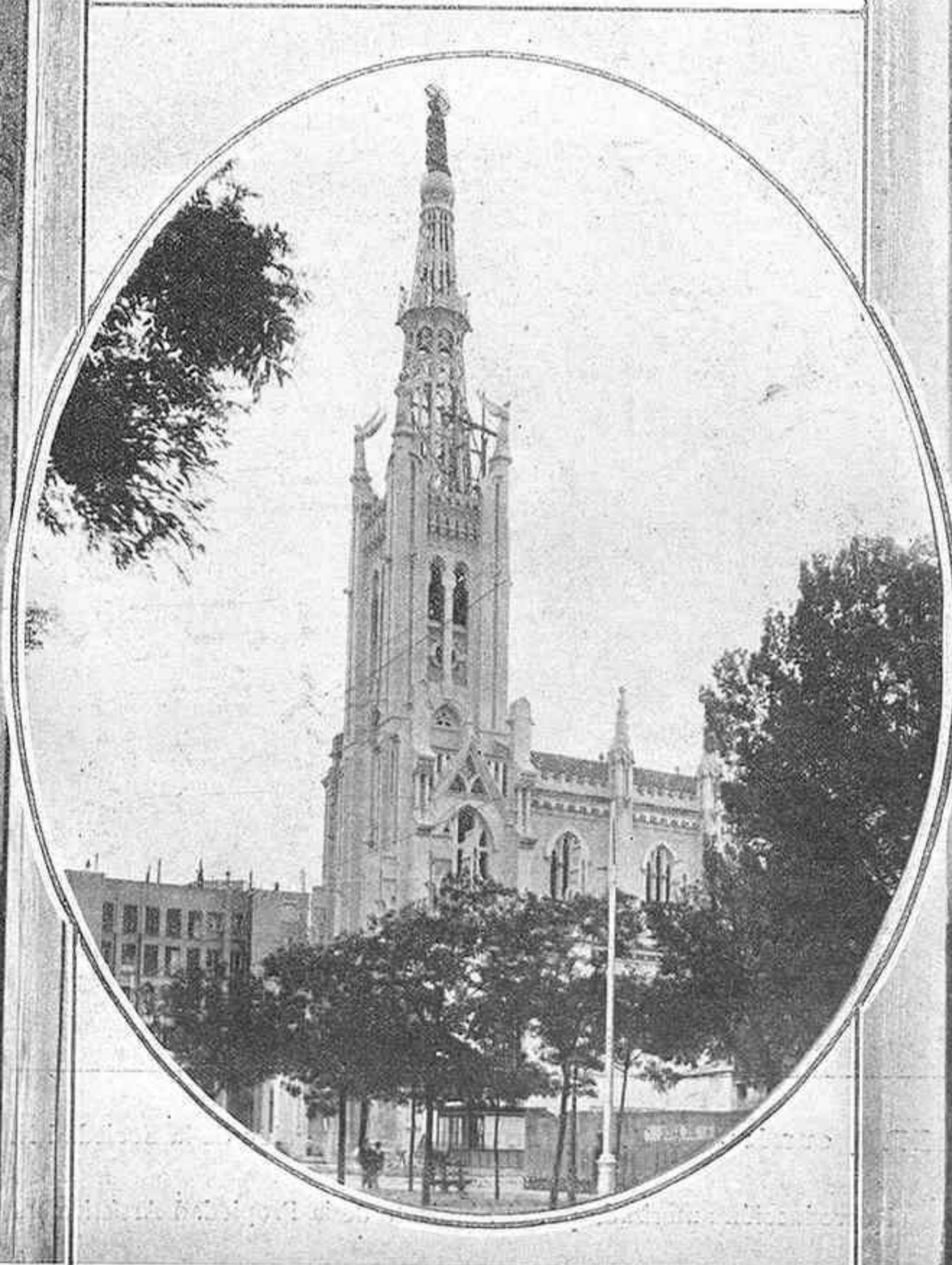
La bóveda que cubre el crucero es calada, de fino dibujo, y deja pasar una luz tenuemente azulada, suave, como un reflejo de crepúsculo.

El altar mayor es de estilo gótico puro en su parte inferior, y en la superior, del mismo estilo, acomodado a las necesidades modernas. Las pinturas son obra de D. José Garnelo y las esculturas de D. Manuel Garnelo.



Alegoría de la Música sacra

PARROQUIA DE LA CONCEPCIÓN
RECIENTEMENTE INAUGURADA EN MADRID
(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Vista general de la nueva parroquia



Otra alegoría de la Música sacra



La PESTE DE SIENA, cuadro de Pedro Vanni. (Galería de Arte Moderno. Roma.)
(Fotografía de Vasari, remitida por Carlos Abeniacar.)



LA NOCHE ALEGRE, cuadro de G. La Touche. (París. Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.)
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



LA MAJA DE LA ROSA, cuadro de Juan Cardona

(De fotografía de F. Serra.)



Margarita Xirgu en «Elektra»

LA ACTRIZ MARGARITA XIRGU EN MADRID

La fama conquistada en Barcelona y en algunas ciudades de la América latina por la notable actriz Margarita Xirgu, llevó una de estas noches pasadas al teatro de la Princesa, de Madrid, un público muy numeroso, del cual formaba parte casi toda la plana mayor de la intelectualidad madrileña. Se inauguraba en aquel coliseo, donde hasta hace poco ha venido actuando la compañía Guerrero-Mendoza, la temporada de primavera, y la señora Xirgu había elegido para su presentación dos obras de muy distinta índole artística: *El patio azul*, de Santiago Rusiñol, y la tragedia de Hugo de Hoffmannsthal, *Elektra*, refundición o arreglo de la *Elektra*, de Sófocles.

El patio azul, idilio elegíaco hace tiempo estrenado en Madrid, es la agonía, en dos actos, de una jovencita, casi una niña, súbitamente enamorada de un pintor joven, soñador y romántico.

Para la buena interpretación de la protagonista de este idilio, la señora Xirgu tenía que luchar con dos grandes dificultades: una, la edad, y la otra, la falta de variedad interna en el personaje. La señora Xirgu es joven, representa veintiséis o ventiocho años; pero la jovencita de la obra de Rusiñol es una

La Fiesta de la Flor en Barcelona. — Señoritas vendedoras de flores
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

niña de diecisiete. La otra dificultad era la monotonía del papel, capaz de limitar en cualquiera actriz, por grandes que sean sus recursos artísticos, el empleo de sus medios de expresión. Sin embargo, Margarita Xirgu demostró en *El patio azul* que es artista de verdadero mérito, que tiene emoción y gesto, y que posee una hermosa voz, una de esas voces que llegan al corazón de los espectadores.

Después de la comedia de Rusiñol se representó la tragedia *Elektra*, de Hugo de Hoffmannsthal, traducida, en verso castellano, por Eduardo Marquina y Joaquín Pena. Esta obra si-

gue paso a paso la de Sófocles, si bien dándole un carácter y un tono algo epilécticos, que la tragedia clásica no tiene. La traducción castellana no brilla por lo correcta.

Pero más que el trabajo de los traductores de la tragedia, interesaba el de la protagonista de la obra. El público aplaudió con justicia el ímpetu, la vehemencia, la fuerza expresiva de la actriz. Solamente las grandes artistas saben abandonarse a la corriente poderosa de la inspiración. La señora Xirgu, en sus actitudes, en sus ojos, en su nerviosa agitación dióse a conocer al público y le hizo aplaudir su temperamento trágico.

La actriz catalana no ha defraudado, pues, la expectación producida por el anuncio de su presentación en la escena madrileña.

LA FIESTA DE LA FLOR EN BARCELONA

Esta fiesta, organizada por el Comité supremo de la Federación femenina contra la tuberculosis, resultó un éxito y un espectáculo en extremo interesante y animado.

Desde las primeras horas se apostaron en las Ramblas, en el Paseo de Gracia y en gran número de puntos céntricos de la ciudad y barrios extremos depósitos de flores servidos por señoritas que, en su mayoría, cubrían su cabeza con mantillas.

Uno de los parajes que con magnífico acierto escogieron las postulantes para campo de sus operaciones fué las cercanías de



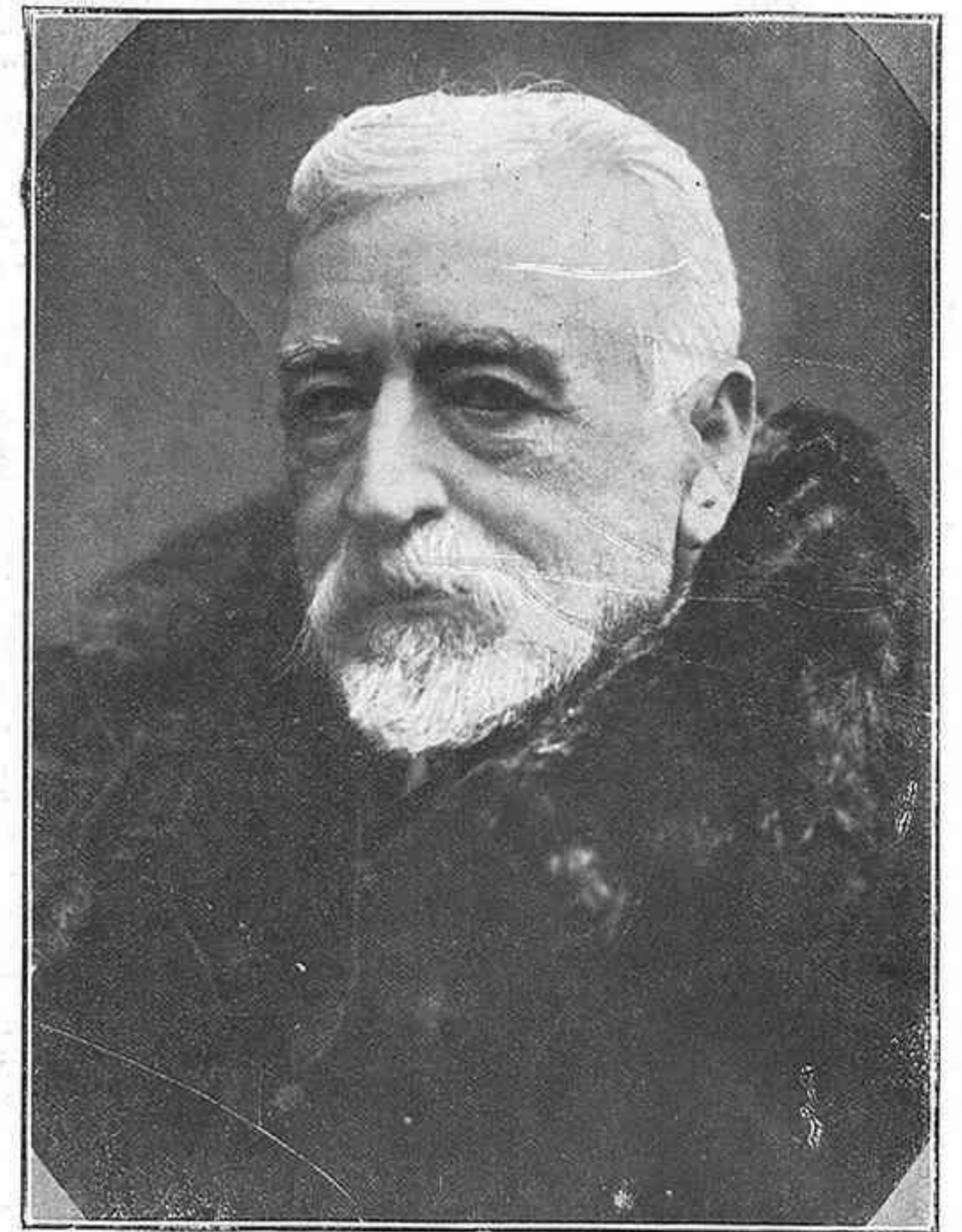
La señora Xirgu, con D. Jacinto Benavente, después de la representación de «Elektra». (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

MUERTE DE MONTERO RÍOS

Uno de los hombres políticos que han ejercido en España más intensa influencia en la marcha de los negocios públicos, ha sido D. Eugenio Montero Ríos.

Había nacido en Santiago (Coruña) el 13 de noviembre de 1832; iba a cumplir pues ochenta y dos años cuando ha succumbido a una breve enfermedad en su casa de Madrid.

En su ciudad natal estudió con extraordinario aprovechamiento las carreras de Filosofía y Derecho. En el Seminario



Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos, fallecido recientemente en Madrid. (Fotografía de Asenjo y Salazar.)

de la misma localidad cursó cuatro años de Teología, y ampliados estos estudios, ganó poco después, en reñidas oposiciones con doce contrincantes, la cátedra de Disciplina eclesiástica en la Universidad de Oviedo. De su especial competencia en esta rama del Derecho, se derivó más tarde la manera cómo durante más de treinta años se le llamaba en las tertulias políticas: el ilustre canonista, y así era designado comúnmente.

Montero Ríos pasó por permuta desde Oviedo a Santiago, y cuatro años más tarde, por unanimidad de votos del Consejo de Instrucción pública, a la cátedra de Derecho canónico de la Universidad Central.

En las Cortes Constituyentes fué elegido diputado por Pontevedra, y como individuo de la comisión de Constitución, intervino frecuentemente en los debates, acreditando desde el primer día que habló en el Congreso su cultura y su habilidad como polemista.

Fué subsecretario de Gracia y Justicia siendo ministro Ruiz Zorrilla, a quien substituyó luego en el ministerio en el gabinete presidido por el general Prim. En 1872 planteó la reforma del Código penal, la ley de inamovilidad judicial y el Jurado. En 1880 firmó el manifiesto republicano que dió vida al partido demócrata-progresista. Luego de haber pasado por diferentes partidos y de haber sido dos veces vicepresidente del Congreso, fué ministro de Fomento en el primer gabinete de la Regencia. Después fué sucesivamente presidente del Tribunal Supremo, varias veces ministro de Gracia y Justicia, varias veces presidente del Senado y presidente del Consejo de Ministros.

las Arenas a la entrada del público para la corrida, y después el interior de la plaza, en el intervalo del tercer al cuarto toro, en el que un grupo de aquellas adornadas con vistosas mantillas y sujetando un capote de paseo del que tenían también los espadas, dió una vuelta por el redondel, viendo caer en el capote, a sus plantas y en torno suyo una verdadera lluvia de monedas. También se postuló en los imperiales de los tranvías y en los mercados. Entre las postulantes figuraban un grupo de niñas exploradoras, y había muchas actrices. El producto de la postulación fué considerable.

BAILE BLANCO

NOVELA ORIGINAL DE MATILDE ALANIC. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONCLUSIÓN.)

- ¡Oh, papá, cuán divertido es divertirse! ¡Ah, señorita Aurora, cuánto se la quiere!.. Pero después de la comedia se bailará un poquito más, ¿no es verdad? ¡Diga usted que sí!..

Lafarede ofrecía ceremoniosamente su brazo y la señorita Tiercín abandonaba el suyo, que temblaba en aquel contacto inevitable. ¿Pensaba él quizás que veinticinco años antes habían hecho aquel mismo gesto para buscar, al mismo paso que ahora, dos sitios contiguos en una reunión alegre?

- ¡Qué locas!, decía el comandante a sus hijas. Debierais haber nacido trompos. Pero hablando de otra cosa, señorita, parece que va usted a calzar el coturno. ¡Mi enhorabuena! ¡Se lanza usted!..

- ¡Oh, sólo por dar gusto a Germana!, respondió Aurora excusándose. Germana representa a maravilla; pero en cuanto a mí, necesito la indulgencia del público.

- Pues no cuente usted con la mía; soy un público exigente y no tengo indulgencia para nadie. Preguntádselo, si no, a mis soldados y a mis hijas.

Juanita que iba junto a ellos, echó su brazo al cuello de su padre, diciendo:

- Eres severo, es verdad, pero justo... Tus soldados lo dicen.. Además, eres bueno, y esto tus hijas lo saben.

- ¡Cállese, usted, ton-tuela!, exclamó el comandante. Vas a hacerme pasar por simple, y la gente me creará digno de un premio Monthyón.

- ¡Y aunque así fuese? ¿Acaso no lo merece usted?, dijo Germana al pasar, junto a él, del brazo de Marcelo Legoux.

Llegaron al comedor. La mesa de honor, reservada a los padres y a los mayores, seducía los ojos con sus grupos de rosas de Bengala y de lilas blancas, sus fruteras llenas de frutas y dulces, su cristalería, su vajilla de plata y sus porcelanas puestas sobre servilletas bordadas y orladas de encajes. Las mesitas, colocadas alrededor de la sala para la gente joven ofrecían el mismo aspecto de elegancia. Y, cosa de capital importancia, la minuta era exquisita como la de un festín de canonesa.

Las carnes delicadas, el aroma de los vinos escogidos, los esfluvios de las trufas y de los entremeses, y el perfume de las piñas de América y de las naranjas avivaban los placeres ya gustados. Y en el bienestar de los estómagos deliciosamente regocijados los corazones se dilataban en amable alegría.

A los postres, Marcelo Legoux, en nombre de la juventud agradecida, dedicó un entusiasta brindis a la bondadosa anfitriona, la cual habría llorado de placer, si los sarcasmos de su vecino de mesa no la hubiesen mantenido a la defensiva.

- ¡Esto no es un baile blanco, sino una orgía, señorita!, decía el comandante. ¿Acaso se da vino de esta fuerza a los polluelos?

- ¡Es sencillamente de mi cosecha!, contestó ella.

- ¡Sencillamente!.. ¡Es usted admirable!.. Este vino es un néctar y cómo se sube a la cabeza! Lo bebe uno como licor, sin desconfianza, y ¡crac!, instantá-

neamente el cerebro hierve... ¡Caracoles! ¡Mis hijas van a embriagarse!, añadió Lafarede observando a las dos gemelas. ¿No ve usted cómo vacían sus co-

De nuevo las luces parecieron dar vueltas ante los ojos de Aurora y se confundieron en una fulguración deslumbradora; pero al traves de aquel desvanecimiento, distinguió las discretas señales que le hacía Germana desde el otro extremo de la mesa. Era hora ya de pasar a otro número del programa y la infortunada anfitriona, llamada al sentimiento de sus deberes sociales, levantóse haciendo un gran esfuerzo.

VII

Había llegado el momento crítico en que el biombo que ocultaba el escenario improvisado en el fondo del salón, había de abrirse para dejar al descubierto la decoración elemental de *La Chispa*; un banco, sillas rústicas, grupos de plantas verdes y una perspectiva pintada de avenidas que se prolongaban hasta el fondo. Aurora arreglaba la cesta de labor de la señora de Renat y Marcelo Legoux, vistiendo un uniforme que le habían prestado y le estaba estrecho, se disponía a moverse agitadamente, siguiendo las acotaciones de la comedia. Al otro lado del biombo, oíase ese rumor de cuchicheos, de risas y de exclamaciones que impresiona aún a los más grandes artistas y denota la presencia de esa hiedra de mil ojos y mil lenguas: el público.

La señorita Tiercín llevóse las manos crispadas a la frente y sondeó con horror el abismo hondo y vacío de su memoria.

- ¡Esto se acabó!, exclamaba. ¡Todo se ha ido! ¡No recuerdo ni una sílaba!

- Lo mismo me pasa a mí, contestaba Marcelo.

Una sola idea repetíase en el cerebro de Aurora martilleando su cráneo con la regularidad de un badajo de campana:

- ¿Qué ha querido decir?.. ¿Cómo saber?..

Pero Germana, detrás de la decoración del fondo, daba los tres golpes reglamentarios. Plegóse el biombo y apareció tranquila y serena la señora de Renat, festoneando un bordado, mientras su inquieto sobrino iba de un lado a otro con paso agitado.

Aurora hubo de hacer un gran esfuerzo para despegar la lengua que parecía adherida al paladar.

- Habla, Raúl, habla...

Y oyó su propia voz como si fuese un ruido extraño en medio de aquel silencio; pero el sortilegio estaba roto, las frases se presentaban una tras otra con absoluta claridad y la actriz improvisada sentía, en el colmo de su asombro, que de ella se desprendía una personalidad nueva para los demás y mal conocida para ella misma, su yo más íntimo, más misterioso, delicado, amante, altivo, que no había podido afirmarse en la vida real.

- ¡Representa admirablemente la señorita Tiercín!, decían sorprendidas las jóvenes espectadoras que, sin malicia alguna, pero de buena gana, se habrían divertido a costa de la artista machucha.

Germana había sido buena profetisa. Vestida con un traje vaporoso, de color perla, con su peluca rubia adornada con una cinta de terciopelo, Aurora, que se



Habíanse detenido en un puentecito de madera que cruzaba el riachuelo...

pas?.. ¿Qué voy a hacer con mis chiquillas? ¡Oh, qué vida la mía a causa de esas dos inocentes! Crea usted que es una agitación de la que no puede usted formarse idea... Santo y bueno que una mujer borde al cañamazo mientras charla con otras comadres. ¡Pero para un hombre como yo! Al verme aquí, me figuro hacer el papel de un jabalí dentro de una pajarera.

- Exagera usted, dijo Aurora. Todo el mundo ve el modo cómo cumple usted su misión paternal.

- ¡Esto poco me importa! Lo esencial es que las pobrecitas encuentren la alegría necesaria a su edad. Pero, ¡pardiez!, añadió en voz más baja; esta misión paternal me expone a casualidades raras. A quien me hubiese dicho en otro tiempo que algún día acompañaría yo a mis hijas a su casa de usted y que me sentaría a su mesa, yo le habría jurado, aunque se hubiese tratado de la famosa adivina señora Thebes, que jamás, jamás, sucedería tal cosa.

Aquel jamás fué acentuado con una virulencia que a la pobre Aurora le pareció salvaje. Pálida y cubriéndose el rostro con su abanico, murmuró:

- ¿Por qué me guarda usted tan mala voluntad?.. ¿Qué le he hecho a usted?

- Si lo ha olvidado usted, dijo Lafarede, es inútil que se lo recuerde... ¿Quiere usted algo de fruta?

mantenía esbelta y conservaba unos ojos expresivos, unas lindas manos y la armonía de los movimientos, encarnaba con mucha gracia y dignidad el tipo de la generala Renat; y las emociones que en ella vibraban todavía, la identificaban con el estado mental del personaje que había de representar.

Todos los muelles de su alma parecían haber recobrado su elasticidad a causa de las impresiones recientes, violentas y contradictorias, y volvía a encontrar en su corazón la sensibilidad y la emoción de veinticinco años antes.

Sucesivamente burlona, indignada, enternecida, Aurora supo expresar con acentos y actitudes justos el despecho concentrado, la amargura, el orgullo herido, el amor doliente y escéptico. Su modo de representar sorprendió a todo el mundo y aun eclipsó a Germana, que estuvo, por su parte, encantadora en el papel de Antoñita con sus risas argentinas y sus graciosas travesuras. Los ojos de los jóvenes se humedecieron y los aplausos interrumpieron en muchas ocasiones el ingenioso diálogo, mientras la más adorada de las madrinas sermonaba al tunante de su sobrino y le definía con elocuencia el verdadero amor; y nadie comprendía que aquellos reproches suaves y vehementes no se dirigían al ficticio capitán de Saint-Cerán, representado por un doctor a quien molestaba el uniforme, sino que, pasando por encima de todas las cabezas, eran lanzados a un hombre un tanto encanecido y algo calvo que estaba de pie a la puerta del salón. Aquel aparecido, recuerdo de un pasado que se desvaneció, ¿comprendía al menos las recriminaciones y las quejas que en forma disimulada llegaban hasta él?

Aplausos y aclamaciones acogieron la escena final y por todo el salón corrió un murmullo halagador en medio del cual oíanse estas exclamaciones:

— ¡Delicioso!.. ¡Admirable!.. ¡Una revelación!.. ¡Ni en la Comedia Francesa!..

Un cuarto de hora después, la señorita Tiercín, que había cambiado de traje, reapareció en la sala, en el momento en que una señorita cantaba la grand aria de Ofelia:

Alas tiene el juramento
en los labios del infiel.

Aurora, temerosa de distraer la atención del público, se deslizó prudentemente por la puerta entreabierta; y el comandante Lafarede, que continuaba en aquel sitio, le ofreció un asiento, que ella aceptó por no causar un movimiento perturbador avanzando más en el salón. Su vecino inclinóse sobre el respaldo de la butaca y le murmuró al oído:

— La felicito a usted. A pesar de su condición de célibe representa usted muy bien los papeles de enamorada. ¿Es que alguna vez ha recibido el chispazo?

La señorita Tiercín hubiera dado una fortuna por no ruborizarse; el abanico la ayudó a conservar su presencia de ánimo. La novicia en coquetería comprendió instintivamente la estrategia de Celimene y el manejo de su ligera arma; y desplegando lentamente las varillas de nácar y agitándolas luego con mano indolente, lanzó por encima de sus hombros y en tono chancero, estas dos frases:

— ¿Quién sabe?.. ¡Quizás sí!..

— ¡Hola, hola! Me deja usted asombrado, porque yo la creía de hielo.. Pero en este caso, ¿por qué ha dejado usted que la chispa divina se extinguiese?

— Decididamente es usted muy curioso.

— Curioso como un polizonte... Quisiera encontrar la explicación de todos los enigmas. ¿Quién era verdaderamente la Máscara de Hierro? ¿Fue arrebatado del Temple Luis XVII? ¿Por qué no se ha casado la señorita Tiercín?.. He aquí unos jeroglíficos que atormentan mis insomnios. ¿Quiere usted aclararme el que le concierne a usted?

A Aurora parecíale que una procesión de hormigas se le subía por las piernas; mas a pesar de aquella sensación desesperante se dominó hasta conservar toda su calma y con el mismo tono chancero de antes, respondió:

— ¡Sabe usted que es usted un hombre de audacia poco común?.. ¿Cree usted que se confiesa uno así como así al primer artillero que se presenta?

El comandante apoyóse con fuerza en la butaca de Aurora para decirle desde más cerca, tan cerca que su aliento movía el cuello de tul de la solterona:

— Es que yo no soy el primer artillero... que se presenta... Yo tengo derecho a saber... desde el momento en que he estado interesado en el asunto... en otro tiempo.

El fuego que quemaba las mejillas de Aurora desvaneciéndose repentinamente.

— ¡Interesado en el asunto!.., repitió abriendo los ojos. Trato de comprender y no lo consigo...

Lafarede la midió de arriba abajo con mirada de desconfianza y en voz baja y con el acento áspero de una cólera reprimida, murmuró:

— ¿Es usted coqueta o cándida?.. Como en otro tiempo, no me explico su actitud... Bien sabe usted que intenté atraerla al matrimonio y que mi tentativa fué inútil...

Aurora se estremeció como si por su butaca hubiese pasado una corriente eléctrica. La joven que cantaba seguía lamentándose, con vocalizaciones un poco ásperas, de la inconstancia y de la ingratitud de los hombres, y alrededor de la señorita Tiercín el salón oscilaba en un movimiento de balanceo como el entrepuente de un buque agitado por la tempestad.

— ¿Habla usted en broma, no es verdad?, balbució al fin. Jamás oí hablar de lo que usted me dice.

— ¿Cómo?, replicó el comandante. ¿Ignora usted que ocho días después de la boda Lombart mi tío fué, en mi nombre, a hablar a su padre de usted? ¿Lo ignora usted?.. ¡No es posible!

Lafarede vió entonces cómo Aurora se apoyaba en el respaldo de su butaca. Con los labios entreabiertos, los ojos cerrados y la faz descolorida, la señorita Tiercín permaneció un minuto en un estado casi inconsciente.

Pronto, sin embargo, volvió a abrir los párpados y mirando a Lafarede murmuró con tímida alegría.

— ¿Pero es cierto que hizo usted esto?.. Estoy contenta de saberlo... al fin... Nadie me había dicho nada de ello.

Las ideas del comandante se embrollaron en tal desorden, que no pudo menos que llamar en su ayuda al diablo para desenredarlas. Por fortuna la cantatriz había lanzado sus últimas notas y el tumulto de los aplausos y de las felicitaciones ahogó las palabras inconvenientes que salieron de la boca del comandante. Otras artistas se agrupaban en torno del piano para cantar un coro de Mireille, y entonces Lafarede cogiendo una silla se sentó junto a Aurora para continuar su información retrospectiva.

— Es preciso, dijo, aclarar esto de una vez... ¿De modo que ocultaron a usted el paso que di?.. ¡Es demasiado!.. Al fin y al cabo no era usted ya una niña y había entrado en la mayor edad, de modo que debieron darle cuenta de mi petición... A mí diéronme a entender que no consideraba usted mi posición suficientemente ventajosa; en vista de lo cual, mortificado, me retiré a mis cuarteles hasta que me cambiaron, a petición mía, de guarnición. ¿Hice acaso mal? Tal vez hubiera debido insistir... Y usted, ¿esperaba que yo pediría su mano?

— Sí, murmuró Aurora casi sin aliento.

Con una palabra acababa de denunciar su lejana esperanza, su decepción, sin un reproche para el padre egoísta que la había sacrificado... En su arrugada frente, en sus ojos de órbitas ajadas, radiaba en púdicos efluvios su alma de sensibilidad y de ternura, revelada por aquella confesión. Lafarede, turbado, vió reflorcer delante de él el encantador rostro de su primer amor.

Durante unos minutos guardaron silencio. Aislados en sus recuerdos y en sus reflexiones, permanecían tan insensibles como dos sordos a las voces juveniles que cantaban en el salón.

— ¡Qué historia tan estúpida!, exclamó bruscamente Lafarede. ¡Cuán poco se necesita para que se le escape a uno la felicidad!

Aurora designó a las dos gemelas que cantaban junto al piano, enlazadas y con sus rubias cabecitas inclinadas sobre un mismo papel de música.

— En cuanto a usted, dijo, no me parece que su vida haya sido enteramente malograda...

El comandante comprendió el significado de aquellas palabras y contempló enternecido aquella visión.

— Es verdad, respondió; tengo a mis hijas... Pero comprendame usted bien... Usted fué la primera joven que me inspiró la idea del matrimonio. Después pasaron muchos años sin que yo pensara en casarme, hasta que al fin, hastiado de aquella existencia, consentí en que me buscasen una esposa. Y en verdad que no tengo por qué arrepentirme, ni mucho menos, de aquella... debilidad. ¡Pobre Juana! Confieso, sin embargo, que no fué aquella la felicidad con que un día había yo soñado.

— ¡Quién sabe si habría durado!.., replicó Aurora.

— ¿Y por qué no habría de haber durado, vamos a ver? Convengo en que mi carácter es malo y es evidente que la habría mortificado a usted; pero está probado que es usted bondadosa y manejable. Así es que yo la habría amoldado pronto a mi modo de ser y todo hubiera marchado a pedir de boca. Además, añadió Lafarede dejándose llevar tanto de sus tristes recuerdos que no meditó siquiera la enormidad casi cómica de su hipótesis, ¿quién sabe si con usted las cosas no habrían variado? Quizás no sería yo viudo. ¿Cree usted que mi situación es agradable?.. La responsabilidad de dos hijas, el cuidado de establecerlas... Y una vez casadas volver a encontrarme como antes, solo en mi celda con mis pipas...

Tanto calor ponía en aquellas recriminaciones humorísticas, que sin darse cuenta iba levantando la voz. La señora Legoux, madre del seductor Marcelo, sentada en el sofá al lado de la señora Duroncier, volvióse hacia aquella pareja cuyo largo aparte comenzaba a preocuparla, y una extraña inquietud se pintó en su semblante. Desde aquel momento ya no separó los ojos del comandante y de la señorita Tiercín, que ahora guardaban silencio, y en aquel mutismo creyó discernir un mundo de cosas sutiles y amenazadoras. Su mirada de basilisco no se apartó de Aurora y de Lafarede más que para escudriñar las inocentes fisonomías de las dos gemelas. Después a media voz y con aire compungido informóse acerca de las huérfanas cuya situación le describió la señora Duroncier.

Y una vez obtenidos aquellos informes, la señora Legoux quedóse sumida en profunda meditación.

— Me parece que está usted fatigada, mi querida señora, dijole Germana con voz filial. Quizás le sentaría a usted bien una taza de té.

— No, gracias. El calor, el ruido... No estoy acostumbrada a trasnochar... De modo que no me vendrá mal, lo confieso, retirarme.

— ¡Ya!, exclamó Marcelo, que no se separaba de Germana como si a los dos les hubiesen atado con una cinta.

Y en el momento en que el joven pasaba al alcance del brazo maternal, sintióse cogido por su madre que mirándole, murmuróle al oído:

— ¡Cuidado!.. ¡Sé prudente!.. ¡No te comprometas más!..

Por mucho que aquella advertencia le desconcertara, el joven médico, educado en la obediencia, no pensó en discutir; su entusiasmo enfrióse y resistiéndose a la atracción apartóse de la órbita de su planeta. No tuvo que soportar mucho tiempo lo penoso de aquella evolución, porque poco después dieron las doce, hora fijada como término de la fiesta y madre e hijo fueron de los primeros en marcharse, sin entretenerse mucho en la despedida.

VIII

La señorita Aurora, en medio del silencio que en la casa reinaba, sintió vibrar en sus oídos durante toda la noche la música del baile. Sus ideas revoloteaban en locas zarabandas que el sueño no conseguía inmovilizar. Mas ¿cómo desear dormir cuando durmiendo ha de perderse la noción de una realidad deliciosa?

Excitada por una fiebre agradable la señorita Tiercín se repetía a sí misma el maravilloso secreto averiguado aquella noche. ¿De modo que cuando se creía un pobre ser desdenado, olvidado del amor, alguien la había preferido, escogido, añorado? Aquella confesión libertaba su pasado de una humillación penosa... Y ella permanecería agradecida al que le aportaba aquel testimonio alentador y la realizaba a sus propios ojos.

El recuerdo de Lafarede, obscurecido hasta entonces por sospechas y dudas, y de repente purificado, resplandecía al presente en una gloria... Saliendo de la lejanía en donde, algún tiempo antes, su flotante sombra casi se desvanecía, aparecíase ahora en primer término como la imagen conmovedora del único hombre a quien ella había amado y consagrado las lágrimas secretas de su soledad.

Ahora estaba convencida de que, desde hacía veinticinco años, no cesaba de llorarle y de maldecirle. ¡Tan felices como hubieran podido ser viviendo juntos!.. ¡Qué pena le daba pensar!.. Pero no hay que acusar a los muertos; así es que Aurora perdonaba al anciano adusto y egoísta que le había cerrado el porvenir... Después de todo, nada sucede en este mundo que no deba suceder según la voluntad de Dios... ¡Quién sabe si valía más que así fuese!..

Estas consideraciones de un fatalismo austero no le impedían, sin embargo, suspirar; por lo que muy de mañana se levantó y se fué a la iglesia en busca de las gracias de la resignación. De regreso encontró en el vestíbulo a Germana que activaba el arreglo de las habitaciones revueltas a causa de la fiesta.

— Buenos días, tía Aurora. ¿Ha descansado usted bien? Debe usted estar muy contenta porque la fiesta fué magnífica y todo el mundo pareció divertirse.

Luego en voz baja y guiñando los ojos, añadió:

— Pero es usted una tía terriblemente joven y he de vigilarla a usted, porque, de lo contrario, se comprometería. La primera recomendación de un docto maestro de baile y de compostura era ésta: «¡Sobre todo, nada de preferencias ostensibles!» Pues bien, anoche estuvo usted *flirteando* con un militar, por los rícones... Sí, tía Aurora; y esta mañana un mandadero trae un billeteo dirigido a usted. Precisamente estaba yo aquí cuando lo trajo y lo he recogido... Todo esto me parece sospechoso...

La joven decía todas estas cosas sin segunda in-

tención, sólo por la necesidad de desahogar en palabras locas el exceso de su embriaguez íntima; pero Aurora no lo entendió así y una expresión de inquietud ensombreció su semblante. Germana no se percató de ello; las sensaciones intensas que la deleitaban, la hacían indiferente a las cosas externas; para ella no existía nada fuera de Marcelo y en aquel estado de absorción amorosa, no se preocupaba poco ni mucho por las impresiones ajenas.

Y con un gesto de misterio, que su sonrisa picaresca desmentía, entregó a la solterona un sobre escrito en letra desconocida.

— Es de mi notario, dijo la señorita Tiercín, y simulando su sorpresa, después de haber abierto la carta... Su dependiente está enfermo, lo cual explica que se haya valido de un mandadero... Voy a quitarme el sombrero y vuelvo a ayudarte...

¿Cómo había tenido sangre fría suficiente para decir aquella mentira?... Sola ahora en su cuarto y después de haber cerrado con llave la puerta, desdobló el pliego de papel y miró la firma.

¡Lafarede!.. ¡Estaba segura de ello!.. Lo había presentado así que sus dedos tocaron la carta.

«Señorita, decía el comandante, la noche es buena consejera. No sé, sin embargo, si será del gusto de usted el consejo que deseo ofrecerle... Desgraciadamente no es posible ver a usted a solas en su casa; no obstante, quisiera hablar a usted en seguida mientras domino a fondo mi asunto... ¿Le disgustaría a usted que nos encontrásemos esta tarde, a las cinco, en el Jardín de Plantas, adonde no van las gentes de nuestra sociedad? Ruego a usted que no tome a mal esta proposición que le hago con toda franqueza. De todos modos, a la hora indicada me pasearé por las inmediaciones del riachuelo. Téngame usted por su servidor más respetuoso y atento.»

¡Una cita! ¿Era posible? ¡El comandante le pedía una cita! ¡En verdad que esto rayaba ya en descaro! Pero aquella hermosa indignación duró sólo un instante... Pensándolo bien, Lafarede tenía razón; Aurora no era señora y dueña en su casa. Toda intimidad nos quita la independencia. Sus idas y venidas, sus menores acciones, su misma correspondencia estaban sometidas a la fiscalización de sus amigas... La señorita Tiercín se insubordinó pensando en las últimas bromas de Germana. Aquella inquisición realmente traspasaba ya todos los límites. En conclusión Aurora se dijo:

— Quiera de mí lo que quiera, yo lo sabré...

Bajó al piso inferior con el rostro plácido y ademanos sueltos; y durante el almuerzo, hora en que se discutían los proyectos del día, dejó que Germana adoptase sus resoluciones y se limitó a decir:

— Está muy bien; nada me impide acompañarte a todas las diligencias, pero a eso de las cinco deseo ir a visitar a esa pobre señora Paloizot, que, según me han dicho, está bastante enferma.

La señora Paloizot, septuagenaria, velluda, chocha y quisquillosa, pensionista en un convento, era un espantajo para Germana; así es que ésta replicó:

— Entonces, tía Aurora, a eso de las cinco nos separaremos y dejaré a usted todo el mérito de esa visita caritativa, sin pretender compartirlo.

A Aurora, cuya conciencia estaba trastornada, parecióle la tarde lenta y rápida a la vez; y sus piernas flaquearon cuando, a la hora indicada se separó de su compañera y llegó, después de hábiles contramarchas, al tranvía que debía conducirla al Jardín de Plantas, al otro extremo de la ciudad. Una vez en el término de su viaje, corrió a lo largo de las avenidas sin atreverse a mirar a nadie, como si llevara escrito en la frente el objeto de su paseo.

De pronto, dióle un vuelco el corazón; acababa de divisar la figura alta y corpulenta, la cabeza maciza de plateados cabellos, de aquel a quien buscaba. El comandante, plantado sobre sus piernas abiertas como brazos de un compás, y con las manos en la espalda contemplaba con singular interés los patos que retozaban en aquella balsa artificial; su mirada de ojeador había, sin embargo, descubierto a Aurora que avanzaba moderando su paso. Cuando la señorita Tiercín estuvo a una distancia conveniente, Lafarede le salió al encuentro con el sombrero en la mano y le dijo:

— ¡Qué delicioso encuentro!.. ¡Qué feliz idea ha tenido usted de venir a pasear por estos sitios. ¿Me permite usted que la acompañe, y hablaremos?..

— Con mucho gusto, balbuceó Aurora, azorada.

No menos turbado se hallaba el comandante a pesar de su aparente desenvoltura. Juntos subieron por los senderos sinuosos, recorrieron los bosquecillos, atravesaron las avenidas y pasaron a lo largo de los invernaderos, cambiando frases triviales sobre la benignidad de la temperatura y los progresos de la jardinería; parecían ensayar una comedia sin saber una palabra de sus respectivos papeles.

— ¡Qué magníficos rododendros!, exclamaba Lafarede. Ahora se obtienen variedades extraordinarias de esa planta.

— ¡Y estas azaleas!, decía la señorita Tiercín. ¡Parecen pintadas al pastel!

— Los botones estallan y las hojas se desdoblaron para servir de adorno al hermoso mes de mayo... ¡El mes de los enamorados!.. ¿No es verdad que es sugestivo esto, señorita?

Aurora se paró en seco, concentrando todo su espíritu para conseguir adoptar una actitud digna y un tono enérgico.

— Comandante, dijo luego; me ha escrito usted manifestando deseos de hablarme en reserva. Como usted comprenderá, habría preferido oírle a usted en mi casa; pero sea como sea ruego a usted que lo que tenga que comunicarme, me lo comunique en seguida... Trátase, según creo, de un consejo que quiere usted darme. ¿Qué consejo es ése?

— ¡Dios mío! es un consejo muy sencillo!, respondió Lafarede sin vacilar y con sangre fría. Este consejo que la noche me ha inspirado, se dirige tanto a mí como a usted y es una consecuencia de esta gran verdad: la primera idea es siempre la mejor... Es usted la primera mujer a quien he amado... Hace veinticinco años la pedí a usted en matrimonio, y usted me habría aceptado si mis intenciones le hubiesen sido conocidas. Tomemos, pues, las cosas en el mismo estado en que quedaron entonces... Señorita Aurora, tengo el honor de solicitar su mano.

Aquel demonio de hombre tenía el poder de desencadenar los terremotos; por lo menos, la señorita Tiercín perdió el equilibrio y clavando su sombrilla en el suelo se apoyó en aquel frágil sustentáculo.

Lafarede, sin dejarle tiempo para reponerse, dijo:

— Examinemos la situación friamente, matemáticamente: de una parte, una mujer soltera, de cierta edad; de otra, un hombre viudo, de edad proporcionada... Los dos se han gustado en otro tiempo, y los dos vuelven a encontrarse. Ella no tiene ningún objetivo en la vida y no cuenta con ningún apoyo; él necesita una compañía que gobierne su hogar y sea guía de sus hijas... ¿Qué mejor pueden hacer, por consiguiente, que asociarse? Es esto de una evidencia tan indiscutible que toda controversia resulta superflua... Señorita Aurora, ¿cuándo nos casamos?

La señorita Tiercín echóse atrás con la precipitación de una jovencita que ve surgir delante de ella a un pirata, y exclamó:

— ¡Por Dios, no vaya usted tan de prisa! No sé lo que me pasa... Todo esto es tan imprevisto, que siento que se me va la cabeza.

— Esto es lo que deseo... Pero no, no nos engañemos... El entusiasmo de otros días ya no es posible; sin embargo, ya es algo haberlo sentido uno y otra... ¡No puede usted imaginarse cuánto he soñado con la joven rubia del vestido de color de rosa!, añadió Lafarede, enternecido por aquellas sentimentales reminiscencias de su juventud.

Habíanse detenido en un puentecito de madera que cruzaba el riachuelo y contemplaban desde allí los remolinos del agua en que se confundían sus imágenes.

— ¡Vaya un lindo esposo que le ofrezco!, dijo el comandante alarmado de pronto por aquella visión. Una tez de color de ladrillo, un pelaje de todos colores, una barriga incipiente y unos cabellos que ya han comenzado a desertar...

— ¿Y yo, qué diré?, murmuró Aurora. ¡Vaya una novia para ceñir blanca corona, con esta figura pesada, estos ojos hundidos, esta boca hueca y estos cabellos grises! ¡Una verdadera máscara!..

— ¡Cállese usted!, interrumpió Lafarede. Todo eso que está usted diciendo no tiene sentido común. ¿Le inspira a usted horror el mirarme?

— No... ciertamente...

— Pues bien, a mí el contemplarla me agrada. No nos atormentemos, pues, más sobre el particular... y pongámonos de acuerdo para poblar nuestra existencia de impresiones agradables... A usted le gusta la sociedad; a ella acompañará usted a mis hijas que ya la quieren a usted como a una gran amiga. Son dóciles y amables y pronto le parecerá a usted que ha sido su madre toda la vida; y si se casan, usted será naturalmente la abuela de sus chiquillos. Cuando usted se vea reducida a mi sola compañía, yo procuraré hacerle soportable esta saledad y tomar por modelo al bendito Filemón. ¿Qué más puedo decir?

— ¡Nada, nada más!.. Por otra parte quien menos promete es quien con más seguridad cumple.

— Exactamente... Póngame usted a prueba y verá si cumpliré...

— Es usted de una testarudez...

— Fenomenal... Conque, estamos de acuerdo.

— ¡Oh, no, no!, protestó Aurora resistiéndose. No he dicho nada. Además no puedo contestarle así, con

el puñal al pecho, como quien dice. Todo esto me parece tan extravagante...

En aquel momento atravesó la avenida en que se hallaban Aurora y Lafarede una señora que iba detrás de una niña que hacía correr un aro. El comandante saludó distraídamente y la señorita Tiercín, al reconocer una persona vista en alguna parte, se turbó.

— Le dejo a usted, balbuceó Aurora; es tarde ya.

— No me tenga usted mucho tiempo impaciente, replicó Lafarede cortándole el paso. Desde hace veinticinco años ha podido usted meditar la respuesta que me habría usted dado... Tengo, por consiguiente, el derecho de apremiarla a usted.

— No le haré esperar mi respuesta veinticinco años... Esto puedo asegurárselo a usted, respondió Aurora con cierta coquetería recogiendo con su enguantada mano los pliegues de su falda.

— ¡Veinticinco horas!, he aquí el máximo que le concedo. A nuestra edad, el tiempo de espera se cuenta doble, no lo olvide usted... ¡Y sobre todo..., sobre todo, añadió poniéndose un dedo sobre los labios con cierta solemnidad, no tome usted consejo más que de sí misma! No depende usted de nadie y usted ha de juzgar mejor que nadie lo que le conviene... En cuanto a la cuestión material, dijo con aire indiferente y como suplemento de informaciones sin importancia, cedo a mis hijas el patrimonio de su madre. Me retiro y mis cuatro cuartos de renta personal son más que suficientes para mis necesidades. El cebo de su fortuna de usted me atrae tan poco hoy como en otro tiempo... Espero que usted me creará... pues de lo contrario...

Completó su frase con un gesto expresivo al que la señorita Tiercín respondió con otro, pues estaba demasiado emocionada para poder pronunciar una palabra. Lafarede le tendió la mano que ella rozó ligeramente con la suya. Y se separaron sin atreverse a mirarse, tímidos como dos adolescentes.

Aurora regresó a su casa enteramente absorta en sus pensamientos. Sus pies no tocaban al suelo; sentía dentro de sí y a su alrededor algo de milagroso, y pareciale cernerse sobre la tierra vulgar arrebatada por una espiral de fuego. Mas apenas entró en su casa, una sacudida la volvió a la realidad. Germana, al verla, le dijo:

— ¿De modo, tía Aurora, que ha sido inútil su visita a la señora Paloizot?

— ¿Por qué?, respondió bruscamente la solterona.

— Porque mal podía usted encontrarla en el convento, siendo así que la he visto en casa del papelero. No estaba enferma ni mucho menos; la han asustado a usted sin motivo.

— Tanto peor para mí y tanto mejor para ella, replicó Aurora con sequedad.

Y subiendo directamente a su cuarto, encerróse en él y desahogó la irritación de sus nervios monologando furiosamente y gesticulando con ademanes amenazadores.

En verdad, ¿debía ella cuenta de sus actos como si fuera menor de edad o incapacitada sometida a tutela?..

Muy al contrario; no dependía de nadie..., de nadie; y cuando llegase el momento oportuno, sabría demostrar que poseía su libre albedrío... Y si se le antojara sacrificar su independencia en favor de alguien, nadie tenía el derecho de oponerse a ello.

Fortalecida con esta energía nueva en ella, la señorita Tiercín guardó, durante el resto del día un silencio solemne. Germana, asombrada primero y alarmada después por aquella actitud, preguntóse si acaso habría ofendido, sin querer, a su amiga y aun cuando sus intenciones respecto de ésta no podían ser más inocentes, torturóse, aunque en vano, la memoria con un riguroso examen de conciencia. Al fin desorientada y buscando por otro lado los motivos del descontento de la señorita Tiercín, dijo por la noche a su madre:

— Yo no sé qué tiene la tía Aurora desde hace algún tiempo; su carácter ha experimentado un cambio y se ha vuelto extremadamente susceptible. ¿Habrá sufrido algún quebranto en su fortuna? Sea esto u otra cosa es lo cierto que nos oculta algo. ¿No sospechas nada?..

— No, respondió la señora Duroncier. Quizás se encuentra mal... Debería consultar con Marcelo.

— Sí, será menester decidirla a que lo haga... Y a propósito, añadió la joven con voz más baja y confesando otra inquietud, ¿no encuentras que la tía Aurora estuvo anoche poco expresiva con la señora Legoux?.. ¿Se molestaría ésta?.. El caso es que yo esperaba su visita hoy, de cinco a siete, y no ha venido. Y, sin embargo, mañana regresa a Turena...

— Tal vez habrá aplazado su marcha, murmuró la viuda, y vendrá mañana... No hay motivo para que nos inquietemos... por un retraso tan pequeño... La verdad es que te encuentra encantadora.

IX

Mas en vano esperaron al día siguiente: la impo- nente señora Legoux, cuya visita era tan ardiente- mente deseada, no se dejó ver. La señorita Aurora, acometida del deseo de estarse quieta y sola, apenas se movió de sus habitaciones particulares durante dos días; y al tercero, negóse a acompañar a la se- ñora Duroncier y a su hija a la inauguración de una exposición artística, pretextando que el estado de su salud le imponía descanso y diciendo que sentiría mucho..., muchísimo que esta circunstancia alterase en lo más mínimo los proyectos de sus amigas.

La señorita Tercin manifestaba de un modo tan marcado, con aquella insistencia, su deseo de que- darse sola, que la madre y la hija no se atrevieron a insistir y partieron sin entusiasmo para asistir a la fiesta oficial, de la que regresaron dos horas después, agobiadas por una serie de discursos y, sobre todo, por la mala noticia que les dieron de que la señora Legoux se había marchado el día antes.

Al doblar la esquina de su calle, Germana y su madre se cruzaron con el comandante Lafarede que iba por la acera opuesta, llevando en el ojal un ramo de lilas y balanceando su bastón con un compás de *allegro*, y que las saludó sin tratar de dete- nerlas.

- Lafarede viene sin duda de hacer su visita de digestión, observó la viuda. ¿Se habrá dignado reci- birle Aurora, dada la crisis de retraimiento que estos días atraviesa?.. Pero en verdad que el comandante parece rejuvenecido.

En cuanto madre e hija entraron en su casa, la lista camarera que había reemplazado a Marta en el servicio de la señorita Aurora, les dijo que ésta las esperaba en el jardín para tomar el te. Allí encontra- ron a su amiga sentada junto a unos tulipanes en flor, vestida con un lindo traje heliotropo, con un ramo de lilas en la cintura, y su cañamazo en la ma- no, y cerca de ella un velador con una bandeja, for- mando en conjunto un cuadro delicioso.

Aurora hizo que se llevaran dos tazas que habían servido y le trajeran agua hirviendo; y cuando la ca- marera se hubo alejado y se hubieron sentado la viuda y su hija y se hubo servido el te, la señorita Tercin recogióse un instante, dejando que Germana refriese la ceremonia de la inauguración y agitando, en el entretanto su cucharilla para disolver el azú- car. Después, con una sonrisa misteriosa que se fil- traba al través de sus párpados medio cerrados, dijo plácidamente:

- Mi buena Clara, voy a necesitar de tu experien- cia para preparar muy pronto una comida escogida. Serán muy pocos los convidados, pues se trata de una fiesta íntima de familia... Esto no obstante quie- ro un servicio excelente y una minuta selecta..., por- que no se desposa una todos los días...

Demasiado estupefactas para comprender el alcan- ce de aquellas palabras, la madre y la hija no tu- vieron para ellas ni siquiera una exclamación.

Al pronto creyeron que se trataba de algo relacio- nado con la señora Legoux, y esta idea les dió como un vértigo; mas no tardaron en desengañarse. En efecto, Aurora, paladeando el te y dejando ver su ru- bor al través del humo de la aromática bebida, aña- dió en tono reposado y en voz muy baja:

- El comandante Lafarede había pedido mi mano hace veinticinco años, de lo cual yo en aquel enton- ces no me enteré. Hoy ha reproducido su petición... y acabo de aceptarla.

La señora Duroncier creyó que el pastelillo que estaba comiendo se le quedaba atravesado en la gar- ganta y la ahogaba; Germana sintió el desvaneci- miento de una caída en pleno vuelo y vió mil luce- citas como chispas producidas por una explosión; pero sus ojos deslumbrados permanecieron risueños y su voz conservó toda su naturalidad y todo su acen- to jovial.

- ¡Caramba, tía Aurora!, exclamó. ¿Sabe usted que es usted una maestra en dar sorpresas? Confieso aver- gonzada que no he tenido ni la menor sospecha de ésta que acaba usted de darnos.

- Alguna culpa tienes tú de esto que me sucede, dijo Aurora siempre sonriendo como si saludase con aquella sonrisa una vaga visión. Tanto me has predi- cado que era menester emplear la actividad hasta el fin, no retroceder ante ninguna misión de la vida... Me han demostrado que en determinado puesto podía realizar una obra útil y proporcionar felicidad... Y ¿qué quieres?, me he dejado convencer. Creo que no me censurarás, Clara, añadió tranquilamente diri- giéndose a la señora Duroncier. Las niñas son encan- tadoras y el comandante, según tu propia opinión, es un hombre digno de la mayor estima.

- Oh, sin duda alguna, respondió la viuda con voz débil y entrecortada por un acceso de tos.

Tenía en la punta de la lengua varias objeciones, pero se abstuvo de formularlas. ¿Para qué?.. Todo cuanto ella podría decir se estrellaría contra la chi- fladura de una solterona enamorada, pues los leños secos son los que dan un fuego más vivo... La pobre mujer, afligida, resignóse, pues, a callar, mientras se derrumbaban los magníficos castillos en el aire que para su hija había levantado.

- Por lo demás, dijo Aurora benévolamente, nues- tras costumbres no sufrirán alteración. Quizás mi casa será un poco estrecha para los nuevos huéspe- des; pero ¿qué importa! Ya nos arreglaremos para que podamos conservarlos como vecinas.

¡Podamos! Aquel plural ya no significaba el tri- duo de las tres mujeres sino el dúo de los futuros esposos.

- ¡De ningún modo, tía Aurora!, replicó Germana rechazando aquella concesión. Les cederemos a us- tedes el sitio. Precisamente hay casi delante de esta casa un bonito piso desocupado... Usted no sabe to- davía el espacio que necesita un hombre para sus evoluciones, añadió con su bella y valerosa sonrisa.

Cuando estuvo sola en su cuarto con Germana, la señora Duroncier dejóse caer sollozando en una bu- taca, arrastrando consigo a su hija, a la que tenía co- gida con ambas manos.

- ¡Pobre hija mía!, exclamaba gimiendo de deses- peración y de cólera. ¡Quién podía imaginar!.. ¡Egoís- ta! ¡Ingrata! ¡Loca!

- ¡Mamá, mamá, no seas injusta!, replicó Germa- na con dulzura. No es ingratitud ni locura, sino sim- plemente amor.

- ¡Amor! ¿Hay algo más absurdo a su edad?.. ¡Y pensar que he sido yo quien ha introducido en esta casa a Lafarede!.. ¡Si hubiese previsto lo que iba a suceder!.. ¡El intrigante!.. Lo que ambiciona es la fortuna para sus hijas.

- ¿Y por qué no ha de haber obrado con sinceridad? El fuego viejo se conserva debajo de la ceniza y un soplo basta para reanimarlo. Y si el comandan- te ha pensado también en hacer más risueño el por- venir de sus hijas, ¿no es ésta, después de todo, una preocupación respetable? ¿Podemos escandalizarnos de ello *nosotras*, mamá?

Ante aquella insinuación irónica, la viuda sollozó aún más fuertemente.

- *Nosotras*... Nuestro caso no es lo mismo. Auro- ra me trataba como a una hermana y una amistad como la nuestra vale más que muchos lazos de fa- milia.

- Sin duda, pero el afecto de un marido vale más que cualquier amistad.

- ¡Dios mío! ¿Es posible que se tomen las cosas tan tranquilamente!, exclamó la señora Duroncier en tono de lamentación, exasperada por aquel modo de razonar imperturbable. ¿Pero es que no reflexionas bien? ¿No ves que ese matrimonio cambia por com- plete tu situación?

Germana se alejó de su madre y golpeando ner- viosamente la mesa con sus dedos, respondió en voz muy baja:

- No hablemos más de esto, mamá, te lo suplico. Y sobre todo no echas de menos nada... Vergüenza me da el haber aceptado tan fácilmente como ciertas, posibilidades en realidad demasiado prematuras... Hemos hecho mal y ahora sufrimos el merecido castigo... ¡La fábula de la lechera!.. En el fondo nada ha cambiado... de lo que existía... realmente... Vol- vemos a encontrarnos tales como éramos antes de volver a ver a tu amiga... y de alentar esperanzas que nada positivo justificaba... Las recriminaciones a na- da conducen... Tía Aurora tiene el derecho de ar- reglar su vida como mejor le convenga y de buscar la felicidad donde más le plazca... ¡Deseemos que su suerte sea tan venturosa como ella se merece!.. ¡Bas- tante tiempo ha esperado la dicha, pobre señora!.. En cuanto a mí, me sucederá lo que haya de suce- derme... y ahora estoy segura de que el que se case conmigo me tomará sólo por mis lindos ojos!

Y al decir esto prorrumpió en una risa entrecorta- da por las lágrimas a costa de gran esfuerzo conte- nidas.

Había pronunciado valientemente hasta el final aquel pequeño discurso en el que dejaba hablar a su rectitud innata, para fortalecerse a sí misma y volver a su madre a la apreciación del justo sentido de las cosas; pero a cada palabra que le ponía de manifiesto el derrumbamiento de sus ilusiones, su corazón desfallecía de angustia.

Germana no era una quimérica; miraba la existen- cia con ojos muy lívidos y bien penetrados de la rea- lidad; no pensaba que el mundo había de torcer su curso natural para favorecerla.

En el choque de la sorprendente noticia, había vislumbrado en seguida la marcha lógica de los acon- tecimientos, como un jugador de ajedrez presume las

consecuencias de una jugada que cambia la situación de sus piezas y compromete la partida.

Sabía que un muchacho serio corre riesgo de des- acreditarse y compromete su posición casándose a la ligera, por sentimiento, y casi no esperó un gesto ca- balleresco de aquel a quien amaba.

Marcelo no era un héroe de novela, sino un joven cabal, dócil a los consejos de una madre prudente, que, además, conocía el precio de las cosas y desea- ba hacer cómodamente su camino. El matrimonio que daba inmediatamente dos hijastras a la señorita Tercin, destruía la esperanza de que ésta dotase a su joven amiga; así es que el Dr. Legoux pudo sentir el tener que romper con Germana, pero se ha- bría considerado un necio si hubiese cedido al sen- timiento que aquélla le inspiraba. Y desde el primer momento, aunque el médico se mostró amable y co- rrecto, la señorita Duroncier comprendió que entre los dos todo había terminado.

No le guardó por ello rencor ni el rompimiento le causó ninguna amargura; cuando uno se abre la ca- beza contra una pared es inútil que contra ésta lance sus maldiciones. Germana puso en tensión toda su voluntad y guardó silencio sobre aquel dolor íntimo por pudor, por altivez, por cariño a su madre cuya sensibilidad y cuyo orgullo no quería herir. Acos- tumbrada a disciplinarse ella misma, no se abandonó ni un minuto al desaliento; al contrario, se mostró más alegre, trabajó más y quiso con el exceso de sus esfuerzos ahuyentar de sí la idea que la perseguía te- nazmente.

Por un contraste irrisorio, al lado de aquella de- cepción que no había arrancado ni una queja, Auro- ra se agitaba en un delicioso torbellino que la eleva- ba al séptimo cielo. La Bella durmiente en el bos- que, al despertar, lanzábase de lleno a la vida y su retrasada juventud estallaba fogosamente con una exuberancia a la vez cómica y conmovedora, al modo de un jardín que floreciese en noviembre, en vispe- ras de las heladas.

Apremiada por su viejo Príncipe Gentil, la novia atendía febrilmente a sus preparativos nupciales y reclamó la ayuda de Germana para combinar su tra- je de himeneo. ¿Debía casarse de blanco, con velo, y coronada con la flor tradicional?

En algunos de aquellos pormenores que evocaban demasiado claramente el sueño desvanecido, Germa- na sentía desfallecer su estoico orgullo.

Un día, agotado todo su valor, hallábase sentada con los codos apoyados sobre una mesa; su madre dormitaba en una silla en frente de ella. En el escri- torio había amontonados multitud de legajos de una obra de lecturas de la cual la señorita Duroncier acababa de ser nombrada secretaria, en reemplazo de la señorita Tercin.

Germana no se sintió con ánimos para escribir una palabra más ni para permanecer más tiempo en aquel sitio, agobiada bajo el peso de su trabajo y de sus pensamientos. Todo le pareció fastidioso y triste, y le acometió un deseo loco de una misión más elevada y más absorbente que exigiese el empleo completo e inmediato de sus energías.

Aquella mañana había sabido que partían para Marruecos una sección de enfermeras de la Cruz Roja. Aquella misión seducía su entusiasmo: sí, esto era lo que necesitaba y por consiguiente solicitaría ser agregada a la expedición.

Pero en aquel instante la señora Duroncier, como advertida por su intuición maternal, lanzó un suspi- ro. Germana fijó sus ojos en aquella persona frágil y en su alma surgió una piedad inmensa.

«¡Pobre mamá! ¡Cómo abandonararte!», pensó.

Y ahogó en su bondadoso corazón el deseo de evadirse.

Después de todo ¿acaso el verdadero heroísmo no consiste simplemente en permanecer donde se su- fre, en seguir la vida de todos los días cumpliendo la obra cotidiana, procurando, sin ostentación de ello, dar a cada momento lo mejor de sí mismo, en una larga paciencia?

Germana meditaba todavía aquellas graves verda- des mientras contemplaba a su madre, cuando ésta se despertó y le sonrió; y aquella sonrisa de amor, pareció una promesa luminosa, una especie de arco iris entre las nubes de tempestad.

Sí, del mismo modo que en el espacio, se disper- san las tormentas encima de la perspectiva variable de la vida... Volvería a lucir el sol... Era preciso mi- rar hacia adelante, más allá de la hora presente, con valor, con confianza, para recobrar energías...

Germana dirigió un gesto de cariño a su madre, abrió el cuaderno en que estaba escribiendo, mojó la pluma en el tintero y dijo a media voz:

- ¡Prosiganos!

FIN

CAMPAÑA DE LAS SUFRAGISTAS NORTEAMERICANAS



De izquierda a derecha: la señora Claiborne y la señorita Linda Bornston, que recorren a caballo las calles de Boston anunciando un mitin sufragista.

Las sufragistas norteamericanas hacen actualmente una activísima campaña en el Estado de Massachusetts, donde esperan obtener la implantación del derecho electoral para las mujeres. Para la propaganda del derecho electoral para las mujeres se han constituido en *mujeres-sándwich*, paseándose por las calles de Boston con carteles relativos a su campaña, y otras se han vestido de heraldo para anunciar a caballo un mitin electoral.

Las sufragistas han aprovechado su estancia en Boston para ir a dar las gracias a Mr. Walsh, gobernador de Massachusetts, por su actitud favorable al sufragio de la mujer.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

LOS ATORMENTADOS, por Rafael Arévalo Martínez. — En la poesía que encabeza este tomo hace su autor profesión de fe decadentista y casi todas las composiciones que constituyen el libro pertenecen a este género, así por sus asuntos como por los sentimientos que en ellas se expresan, y por la forma en que se hallan revestidas. En ellas se tratan los temas más variados y se emplean los metros más diversos; hay en todas inspiración y profundidad de pensamientos y algunas son finas sátiras. Un tomo de 160 páginas impreso en Guatemala por la Unión Tipográfica.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA, por la Condesa del Castellá. — La distinguida escritora y estimada colaboradora nuestra, señora Condesa del Castellá, dió el año pasado en el Centro de Cultura Hispano-Americana de Madrid, una notable conferencia sobre la eminente poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda. En ella hizo un estudio acabado de la obra de la Avellaneda y una descripción de su vida, en una neta y amena, en un estilo castizo y con el más alto sentido crítico, transcribiendo, entre los datos biográficos y las anécdotas interesantes y curiosas, algunas de las más notables composiciones por aquella escritas. La conferencia ha sido publicada recientemente en un folleto de 24 páginas impreso en el establecimiento tipográfico de *El Liberal*.

MISIONES CATÓLICAS DE PUTUMAYO. DOCUMENTOS OFICIALES RELATIVOS A ESTA COMISARÍA. — Un decreto del Presidente de la República de Colombia creó, en 1912, en el territorio de Caquetá, una Comisaría especial denominada del Putumayo y que, con la valiosa cooperación de las misiones católicas, se ha dedicado a desarrollar los intereses materiales y morales de aquellas comarcas. De los beneficios conseguidos y de los progresos realizados por el comisario y los misioneros es buena prueba el libro que nos ocupa y en el cual, después de varios documentos oficiales, se inserta un luminoso e interesante trabajo del capuchino fray Fidel de Montclar, prefecto apostólico de las misiones del Caquetá y Putumayo, sobre los resultados hasta ahora obtenidos, trabajo lleno de datos importantísimos y de atinadísimas consideraciones. Un tomo de 84 páginas, con numerosos grabados, impreso en Bogotá, en la Imprenta Nacional.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. — Hemos recibido el tomo correspondiente al año 1912 de esta importante publicación, en la que nos hemos ocupado en otras ocasiones con todo el elogio que se merece y que honra a la Dirección general de Estadística Municipal de la capital argentina a cuyo frente se halla D. Alberto B. Martínez. Contiene datos completos e interesantes sobre climatología, crecimiento de la población, demografía, alimentación, asistencia pública, finanzas y movimiento económico, comercio, locomoción, correos, telégrafos y teléfonos, instrucción pública, movimiento criminal, movimiento carcelario, diversiones y juego, etc. Un tomo de 318 páginas, impreso en Buenos Aires por la Compañía sudamericana de billetes de Banco.



De izquierda a derecha: las sufragistas señoras Mary Carson, Cecilia White y Elena Hoy, convertidas en *mujeres-sándwich* con carteles de propaganda. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

Como la
lluvia
bienhechora
fertiliza
los campos,

el
**PETRÓLEO
GAL**
fecunda
y fortifica
el cuero
cabelludo

A. Ehrmann.

UNA ESCULTORA DE QUINCE AÑOS

(De fotografías de Harlingue.)



La Srta. Huguita Vitoz

En el Salón de los Artistas franceses, recientemente abierto en el Palacio de Bellas Artes de París, los visitantes admiran una preciosa escultura que representa una *Niña adormeciendo a su muñeca* y que ha sido modelada por otra niña de quince años, cuyo nombre, el de Huguita Vitoz, está en vías de adquirir honrosa celebridad en el mundo artístico.

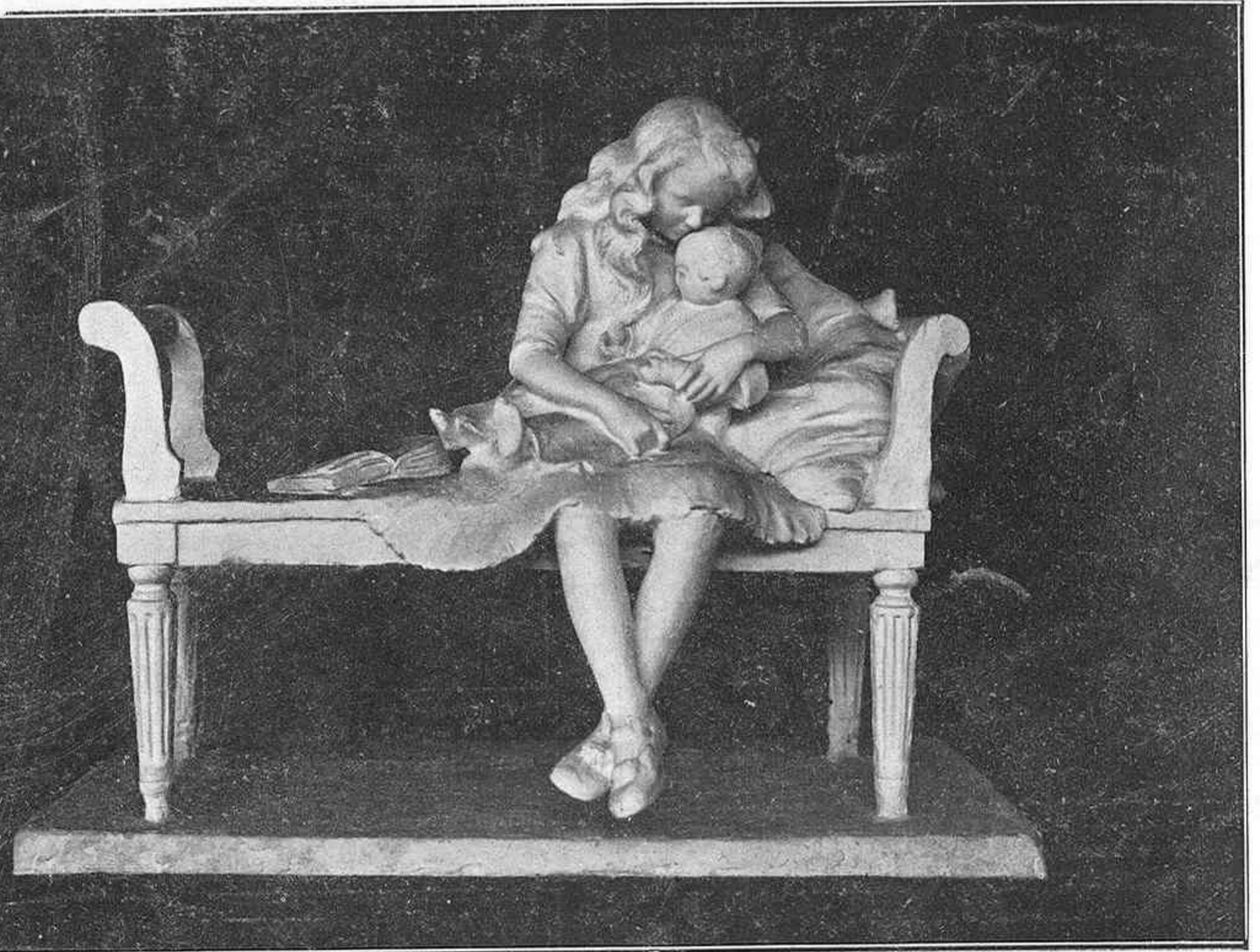
Esta obra escultórica, en yeso, es verdaderamente notable por la natural actitud y abandono de la composición. En los ojos de la niña que tiene en brazos un bebé se presiente a la futura madre que empieza su aprendizaje y tiene ya para aquel muñequito de cartón la solicitud, la ternura y el amor que prodirá más tarde al pequeñuelo que nazca de ella.

Huguita Vitoz ha sabido exteriorizar, comunicar instintivamente a su obra esos sentimientos con una delicadeza infinita. Un periodista de París, que fué a felicitarla en su casa, reproduce estas palabras de la precoz artista:

— ¡Cómo! ¿Ya ha cundido la noticia? ¡Si acabo de recibir la carta oficial anunciándome que el jurado aceptó mi pobre pequeña escultura!

»Esta noticia me ha causado una alegría enorme. Lo confieso; pero ahora tengo miedo... tengo mucho miedo del juicio del público, del gran público, que verá mi obra, la analizará, la examinará detenidamente en todos sus detalles y descubrirá todos sus defectos... Los críticos se mostrarán quizás indulgentes en razón de mi edad y perdonarán mis imperfecciones. Pero, lo repito, tengo miedo... mucho miedo.»

Sin embargo, los amables estímulos de su madre y de su padrastro el Dr. Donat disiparon la nube de tristeza que había turbado un momento la serenidad de su rostro, y Huguita, con una deliciosa filosofía, contestó sonriendo:



Niña adormeciendo a su muñeca, escultura de la precoz artista Huguita Vitoz, que figura actualmente en el Salón de París

— Después de todo, tiempo queda para atormentarme. Es mi aprendizaje que empieza...
— Además, interrumpió el Dr. Donat, ¿cómo no mostrarse indulgente con una artista que sólo hace un año que trabaja?

Asombrado el periodista de los extraordinarios resultados obtenidos en tan poco tiempo, añadió el Dr. Donat:

— Es que Huguita nació artista. Apenas tenía tres años y ya su madre tenía que reconvenir la por su manía de llenar de dibujos las paredes, los tapices, los manteles, las sábanas y hasta su camisa de noche.

»Con los años, la disposición natural de la niña no hizo más que desarrollarse, y el año pasado, durante las vacaciones de Pascua, quedé tan maravillado de un dibujo de la niña, que, presintiendo su talento, la presenté al estatuario Laporte-Blairsy, bajo cuyos consejos ha ejecutado en su taller la obra hoy admitida en el Salón.»

Notable publicación EN PRENSA LA DIVINA COMEDIA por Dante Alighieri

Traducida y anotada por el reputado académico D. CAYETANO ROSELL, conteniendo además un prólogo biográfico-crítico escrito por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH. — Edición ilustrada con la reproducción de 110 composiciones dibujadas por el notable artista inglés JUAN FLAXMAN.

LA DIVINA COMEDIA, por Dante Alighieri, se publicará en cuadernos semanales de cuatro reales uno, los cuales constarán de 8 pliegos de 8 páginas de texto, conteniendo asimismo la reproducción de las celebradas composiciones de J. Flaxman en número de 110.

La edición se imprimirá esmeradamente sobre papel *couché* y constará de unos 10 cuadernos de 64 páginas de texto con las ilustraciones de J. Flaxman.

SE HA PUBLICADO EL SEGUNDO CUADERNO

ZÜRICH

GRAN HOTEL VICTORIA

Bahnhofsplatz
Casa de primer orden para familias. — Restaurant.
Prop. A. Kummer-Wenger.

EL INGENIOSO HIDALGO *Don Quijote de la Mancha*

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

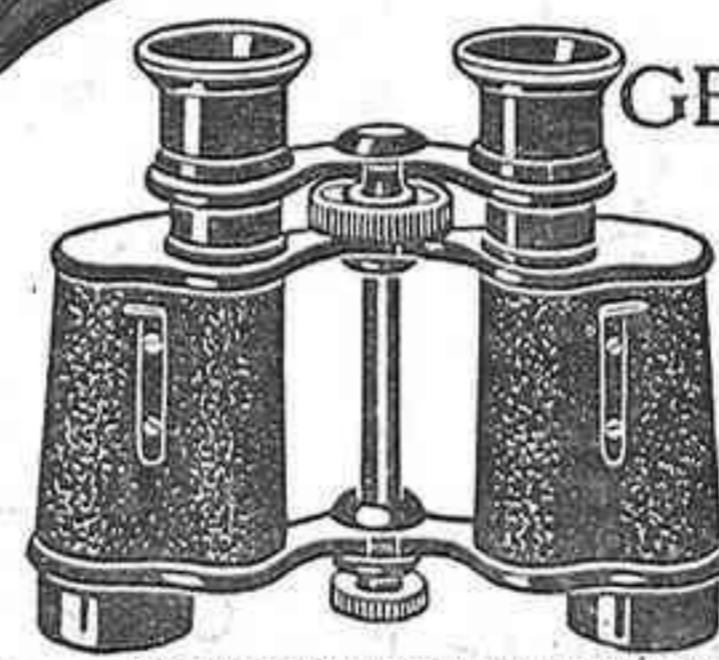
Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

PÍDASE

PROSPECTO J.A.

LEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA

VIAJE Y SPORT

TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS

ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR

E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el *PILVORE DUSSEY*, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN